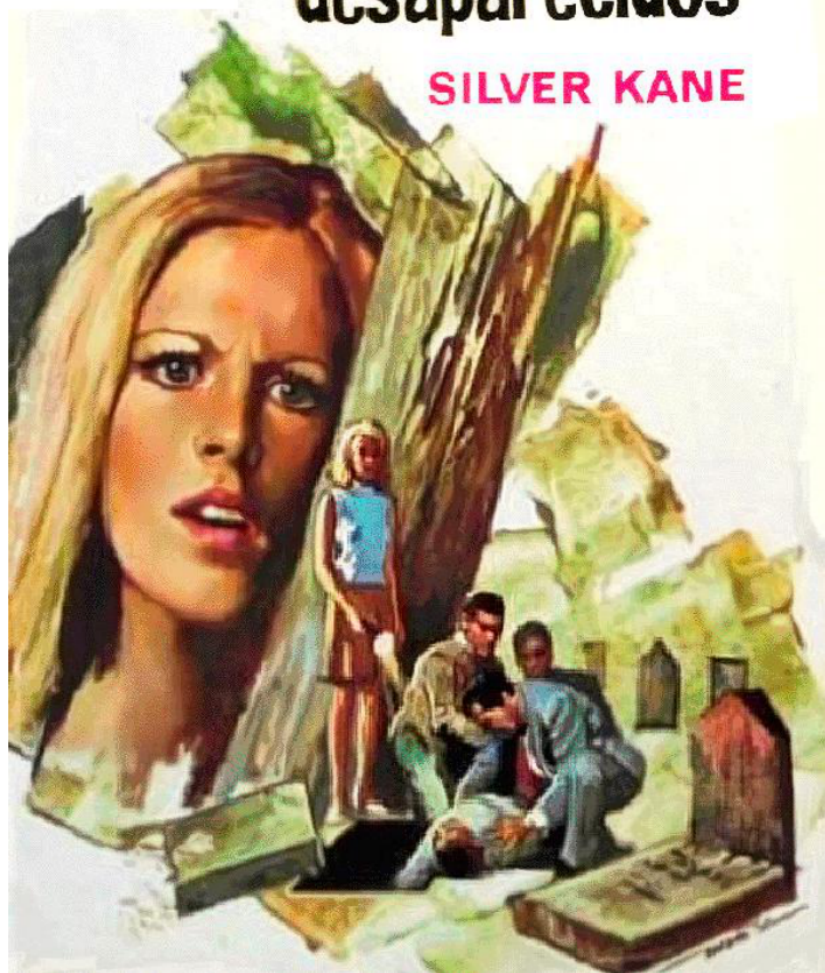




el congreso de los desaparecidos

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

EL CONGRESO DE LOS DESAPARECIDOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 644
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 26.369 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1974

© SILVER KANE, 1974

texto

© JORGE NUÑEZ, 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El *sheriff* y las viejecitas

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.252. — Lo siento por tus huesos

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital, Dodge City

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre

En Colección BRAVO OESTE:

710. — Seguro a todo riesgo

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte

En Colección PUNTO ROJO:

638— No preguntes la hora al muerto

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

241. — El fugitivo de Tucson

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. — Mariposas negras

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando llegué a Ville Lautien aquella tarde de noviembre, tuve una sensación extraña.

No sé si ustedes habrán oído hablar de Ville Lautien con motivo de algún relato de viajes o en la propaganda de alguna agencia turística. Cuando yo la distinguí por primera vez se trataba de un hotel muy privado, pequeño y con carácter, que durante años había recibido la mejor clientela de Europa.

Pero no imaginaba que fuera así, lo juro. Estaba tan alejado de Le Havre, que una tenía la sensación de haber dejado la ciudad muy lejos, tan lejos que no podría volver a ella. Una carretera enrevesada y que atravesaba masas espesas de bosque llevaba a Ville Lautien, situada en lo alto de una colina. Una vez allí, todo terminaba ante la verja de un jardín silencioso y remoto. Unos oscuros pinos atlánticos, una serie de húmedos helechos y de otros árboles con tonos sombríos hacían que aquello pareciese una selva. Por entre esa especie de selva, un camino serpenteante hasta llegar a la casa.

En otros tiempos fue la villa de recreo de un gran señor. Contaba con unas veinte habitaciones, aparte de las del servicio, lo cual indicaba que desde que se convirtió en hotel no podía albergar a más de dieciocho o veinte clientes. El comedor era oscuro y parecía arrancado de una estampa de época. La gran sala de estar cargada de sombras, estaba llena de ruidos furtivos y que sobrecogían el ánimo.

El taxi me dejó ante la verja y el conductor me advirtió que no podía ir más allá. Cuando le pregunté por qué, me contestó que aquello era una residencia privada.

—No se trata de una residencia privada, sino de un hotel —objeté—. Lo natural sería que usted me dejase ante la puerta del edificio, atravesando el jardín.

—Es que no tenemos costumbre —musitó.

—¿Qué pasa? —pregunté sonriendo—. ¿Es que tiene usted miedo?

El sonrió también.

Pero había en su sonrisa una mueca especial, una mueca cansada y extraña.

Fue aquello lo primero que me sorprendió.

Luego habían de sorprenderme otras cosas.

El chófer me devolvió apresuradamente el cambio, se sentó al volante y arrancó sin que yo pudiera darle ni siquiera la propina. Parecía tener un interés enorme en largarse de allí. En menos de diez segundos se había perdido de vista en un recoveco de la carretera y yo estaba sola ante la gran masa verdinegra de aquel jardín desconocido más allá del cual se alzaba una casa más desconocida todavía.

Pero avancé con la pesada maleta por aquel camino serpenteante, puesto que no me quedaba otro remedio. Empezaba a oscurecer y todo tenía un aspecto poético, pero al mismo tiempo siniestro y misterioso. En el jardín se oían mil susurros, como si alguien avanzara hacia mí por encima de las hojas secas.

Por fin descubrí la mancha ocre de la casa. En ella se habían encendido unas cuantas luces que empezaban a rasgar las tinieblas.

Y fue entonces cuando oí aquel grito largo, ululante, cuando oí aquel grito desgarrador que parecía llegar desde más allá del tiempo.

Dos días antes, casi sin tiempo para preparar nada, uno de los redactores jefes de *France-Soir*, donde yo trabajo como periodista, me había indicado:

—Tienes que ir en calidad de enviada especial a Ville Lautien, cerca de Le Havre. Va a celebrarse allí un congreso que tiene un gran interés para el periódico.

Torcí un poco el gesto.

—¿Cerca de Le Havre? —dije.

Le Havre está a poca distancia de París, como todos ustedes saben. Es su puerto natural. Para ir allí no valía la pena romper mis costumbres habituales y cancelar mis compromisos. Además, una siempre sueña con que le envíen a realizar un trabajo en Pekín,

donde al menos se ven cosas nuevas. Pero es un fastidio que a una le obliguen a romper el ritmo de su vida para enviarla, como quien dice, al otro lado de la esquina.

—Hija —gruñó el redactor jefe, como si hubiera adivinado mis pensamientos—, no vas a esperar que te enviemos a Pekín, con el poco tiempo que llevas en el periódico.

—Oh, claro.

Puse cara de buena chica.

El dirigió una discreta mirada a mis piernas, quizá porque yo las había cruzado demasiado, y añadió:

—Además, los organizadores han pedido especialmente que fueses tú.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Les llamaron especialmente la atención tus trabajos sobre altas matemáticas.

—Bueno... —dije—. Yo soy doctora en Ciencias Exactas y he publicado algunos trabajos, pero no vivo de los números. Vivo del periodismo. Si querían un matemático, podían haber elegido mejor.

—Ya hay otros matemáticos en el congreso. No te han elegido por eso. Si quieren que vayas tú es porque eres el único periodista matemático que conocen. Además, tu coeficiente intelectual en esta materia fue dos enteros superior al de los más adelantados. Podías haber hecho grandes cosas, casa de haber querido, en lugar de dedicarte a esta ruina del periodismo. Pero no tenemos tiempo de hablar de lo que podían haber sido nuestras vidas, maldita sea. —Miró su reloj—. Tienes tiempo justo de pedir una cantidad a cuenta antes de que ese perro rabioso del cajero se vaya. Luego ya liquidarás, según los gastos que hayas hecho. Hala, largo de aquí.

Fui a salir con el rabo entre las piernas.

Les aseguro que esto del periodismo da gusto. Jamás le llaman a uno para decirle que le han aumentado el sueldo. Le envían a uno a cualquier sitio fastidioso y le dicen:

«¡Largoooo!».

Ya en la puerta, me volví.

—¿Al menos podría saber de qué es el congreso? —dije.

—De Ciencia Total.

—¿Queeeeeeeé?

—Ni yo mismo lo entiendo muy bien —gruñó el redactor jefe

encogiéndose de hombros—. Supongo que se trata de uniformar criterios sobre las diversas ciencias parciales, que nunca se ponen de acuerdo. Pero en el fondo existe ahí algo que no me gusta, ¿sabes? Va incluso un especialista en vampiros.

Me estremecí.

Fue una auténtica tontería.

Pero no pude evitarlo.

Fue la primera vez que aquello no me gustó en absoluto.

—¿Y qué pasa si hay alguno? —susurré.

—No te preocupes —dijo con la mayor desvergüenza—. No sé de qué tienes miedo. Ningún vampiro te dejará embarazada.

Después de oír aquel grito ululante que parecía surgir de las mismas entrañas de Ville Lautien quedé atónita en mitad del sendero, bañada por las luces irreales que llegaban de la casa. Bruscamente me di cuenta de que se me había cortado la respiración, de que mis dedos temblaban y de que se me había caído la maleta.

No supe qué hacer.

Un deseo terrible de echar a correr me dominó. Por unos segundos me olvidé de todo, incluso de mi dignidad profesional. Porque si allí ocurría algo extraño, yo no tenía que huir, sino al contrario, puesto que necesitaba averiguar qué era para poder contarlo a mis lectores. Estaríamos aviados si todos los de mi oficio se largaran corriendo en cuanto oyen un grito.

Pero no fue sólo eso.

En aquel momento noté el roce de una mano.

Me volví en redondo.

Sentí frío en la médula de los huesos.

Delante mío estaban los ojos del muerto.

Cuando ya iba a partir, tomando un tren que me permitiría llegar a Le Havre antes que en coche, entré de nuevo en el despacho del redactor jefe y pregunté:

—¿Qué es eso de Ville Lautien? No lo he visto en la guía de los hoteles de Francia.

—Pues debiera estar —gruñó él—, porque funciona como hotel hace años. O puede que se haya dado de baja provisionalmente, yo qué sé. Se trata de una antigua residencia señorial que fue

habilitada para hotel cuando los auténticos señores se terminaron, ¿comprendes? Porque un auténtico señor necesitaba una docena de criados para una casa así, y ahora, ¿quién los paga? Es un hotel discreto. Te gustará.

—Entonces seremos pocos, ¿no?

—Unos veinte, que yo sepa. El edificio no da para más. Hasta hace poco los clientes eran millonarios que buscaban un sitio discreto para medirles las curvas a sus queridas.

No sé si quedará alguno. A lo mejor te hacen una oferta...

No me pareció que la cosa tuviera ninguna gracia.

Di un portazo y salí.

Pero antes aún oí su voz que me gritaba:

—¡No te preocupes, mujer! ¡Todos los auténticos millonarios han muerto!

Han muerto...

Ésa fue otra expresión que no me gustó. Fueron dos palabras que llegaron al fondo de mis nervios sin que yo lo notase. Y creo que las tenía clavadas en el cerebro, como una obsesión, cuando distinguí la casa.

El criado musitó:

—¿No quiere que le lleve la maleta, señorita?

Yo no llegué a oír su voz.

Yo sólo veía los ojos del muerto.

Mirándome con expresión asombrada susurró:

—Perdone que haya salido de la oscuridad del jardín y la haya rozado. Es que usted estaba ahí parada como si le ocurriera algo, ¿sabe? ¿No va al hotel?

El hombre era servicial, no cabía duda, pero yo sólo veía en él los ojos del muerto. Pocas semanas antes había tenido que identificar a un matemático muerto en un accidente, y cuando lo distinguí en la sala de autopsia tenía los ojos abiertos. Pues bien, esos ojos eran iguales a los del criado que ahora se encontraba frente a mí. Tan iguales que el miedo me paralizó y tuve la ridícula sensación de que la sangre ya no volvería a circular por mis venas.

Pero aquello no tenía ninguna lógica, de modo que me fui rehaciendo. Un vivo no podía tener los ojos que yo había visto en un muerto. Más debía inquietarme aquel grito ululante que yo había oído surgiendo de las entradas de la casa.

—¿Qué ha sido eso? —murmuré—. Ha gritado alguien...

El criado no parecía impresionado en absoluto por lo que acababa de oír. Al contrario, me sonrió.

—Ah, se refiere usted a Lucille... —dijo—. Sufre terribles crisis de dolor porque hay que operarla con urgencia. Lucille es una de las sirvientas y todos sentimos mucho lo que le ocurre, pero se pondrá bien. Esta misma noche vendrán a buscarla en una ambulancia.

—Unos alaridos como éstos no hacen demasiada propaganda a un hotel —dije.

—Tiene usted razón, señorita, pero nadie puede evitar que un enfermo grave se queje.

Esta misma noche la sacaremos de aquí.

—Perdone —dije mordiéndome el labio inferior—, temo haber sido cruel.

—No piense en eso; comprendo que el grito era como para asustar a cualquiera. Fuimos hasta el edificio. Éste, como ya he dicho, constaba de unas veinte habitaciones principales y tenía dos pisos. Sus piezas esenciales eran un gran comedor y un anticuado salón de estar. Había en él algo que sobrecogía, algo que no se sabía exactamente qué era.

Un solo hombre ocupaba el *comptoir*.

Vestía enteramente de negro.

Su tez era muy pálida y sus dientes muy afilados. Uno pensaba inevitablemente al verle en la tontería que yo había dicho antes de salir de París: habíamos hablado de vampiros. Pero es que realmente este tipo lo parecía: para una película sobre ellos no hubiera tenido precio.

Sonrió al ver la carta en la cual se me invitaba al congreso.

—Tiene usted la habitación reservada —murmuro—. La 211, en el segundo piso.

—Hay otros periodistas extranjeros, ¿verdad? —pregunté.

—Sí. Tres.

Yo tenía anotados cuatro.

Pero lo atribuía a un error. Sin dar importancia al detalle, pregunté:

—¿Dónde están?

—¿Es que quiere verlos?

—Sí, en el caso de que no sea molestia. Me gustaría cambiar

impresiones con ellos.

—No están —murmuró el empleado.

—¿Cómo es posible? Habrán venido aquí a informar, ¿no? ¿No han empezado esta mañana las sesiones del Congreso?

—Sí, pero, han salido a ver los alrededores. Quizá vuelvan esta noche.

—De acuerdo —dije—. Avíseme, por favor, cuando alguno de ellos regrese.

Me hubiera sentido más tranquila hablando con cualquiera de mis colegas, ésa es la verdad. Los periodistas nos entendemos en seguida, aunque seamos de países muy distintos. Como todos tenemos en el fondo los mismos problemas, creamos sin darnos cuenta una especie de Mafia. Y ellos me hubieran aclarado algunas cosas del hotel que empezaban a no gustarme.

Pero, puesto que ninguno de mis compañeros estaba tenía que aguantarme. Fui a mi habitación, que era algo anticuada, y me dispuse a deshacer mi maleta.

Fue entonces cuando oí el grito ululante otra vez.

Pero ahora no procedía de un piso alto, donde lo había oído antes. Ahora procedía de las mismas entrañas de la casa.

CAPÍTULO II

Me estremecí.

Todos mis sentidos se pusieron misteriosamente alerta.

El criado «ojos-de-muerto» me había hablado de una criada, Lucille, que padecía una dolorosa dolencia y a la que iba a llevarse en una ambulancia. Eso podía ser muy cierto. Hay afecciones que producen terribles dolores, como por ejemplo un ataque de riñón o de vesícula biliar.

Pero lo extraño era que yo hubiese oído el grito minutos antes procediendo del piso alto y ahora lo oyese surgiendo del sótano de la casa. No era fácil que a una enferma en esas condiciones la hubieran trasladado. De modo que abrí la puerta, decidida a averiguar qué ocurría.

No esperaba obtener de allí ningún reportaje.

No. ¡Qué tontería!

Pero, a mis veinticuatro años, yo no soy una chica egoísta. Si puedo ayudar a un ser humano en peligro, lo hago. Pensé que quizá aquella pobre y desgraciada Lucille no era tratada como necesitaba, en cuyo caso le haría bien la presencia de alguien que se preocupase por ella.

Salí al pasillo.

Silencio.

Ahora no se oía ni el ruido de unos pasos en el hotel. Las luces eran de un extraño color verde y parecían vacilar. Se tenía la inexplicable sensación de haber entrado en un mundo desconocido.

Descendía a la planta baja, pero desde el recodo de la escalera vi que el conserje vestido de negro continuaba en su puesto. De pronto atravesó la sala y cerró muy bien una puerta situada al otro lado.

No sé por qué me pareció que era de detrás de aquella puerta de donde había tenido que surgir el grito.

Pero entonces, ¿por qué no iba nadie a ayudar a Lucille? ¿Es que

de momento la habían puesto allí para que no molestase, como si fuera un animal enfermo?

No sé... Pero yo pensaba que no era sólo eso.

Mi imaginación y mi temor volaban.

Quieta en el recodo de la escalera, procurando que no me viesen desde el lugar de recepción, esperé unos instantes. No se volvió a oír sonido. Pero me di cuenta de que no podía llegar hasta la puerta sin que el tipo vestido de negro me viese.

Por un momento la situación me pareció ridícula. ¿Qué derecho tenía yo a esconderme y a obrar así en un asunto que no me importaba?

Pero algo me decía que un ser humano estaba en peligro y que yo era la única persona que podía ayudar a Lucille. De modo que seguí aguardando con todos los nervios en tensión, a la espera de una oportunidad.

Ésta no tardó en presentarse.

Un cliente llegó. Debía ser uno de los científicos convocados al congreso, porque me parecía recordar haber visto su fotografía en alguna revista. Sin duda llegaba un poco tarde, como había llegado yo misma. El hombre vestido de negro se dedicó a atenderle y volvió del todo la espalda a la puerta.

Yo descendí con la mayor naturalidad.

Si me veían, siempre podía decir que me había confundido.

Pero pude abrir la puerta sin que ninguno de los dos hombres me distinguiese. Por otra parte, no había nadie en el *hall*, cosa bien extraña, tratándose de un hotel. Mientras hacía girar el pomo, recordé quién era el que acababa de llegar.

Se trataba del doctor Conan, un famoso químico propuesto dos veces para el Premio Nobel.

Pero me olvidé en seguida de él.

Era aquella puerta lo que me obsesionaba.

La empujé sin hacer el menor ruido y me encontré ante unas escaleras alfombradas que descendían hasta las profundidades del sótano. Cerré en seguida, porque de lo contrario podían haber llegado hasta el *hall* los ruidos que se oían abajo.

Y esos ruidos eran muy expresivos.

Eran algo que no pude comprender.

¡Latigazos!

¡Alguien estaba recibiendo allí un brutal castigo como si se tratase de una sala de torturas de la Edad Media!

Y la verdad era que el ambiente lo recordaba muy bien. Las paredes eran enormemente gruesas. Los techos formaban bóveda gótica. Las escaleras eran de piedra muy gastada, aunque este hecho resultaba disimulado por la alfombra.

Para producir un efecto completo sólo faltaba que la iluminación estuviera formada por hachones, pero en 1974 eso no es demasiado fácil. Una serie de bombillas polvorientas disipaba las sombras mientras yo iba descendiendo. Cuando llegué al límite inferior del sótano, situado a bastante profundidad, tenía la sensación de haber estado descendiendo durante horas y horas, como en el curso de una pesadilla.

Lo que vi hizo que mis ojos se dilataran de asombro.

Aquélla también parecía una cosa de otro tiempo.

Era como uno de esos viejos grabados en que se reproducen escenas de suplicios y en los que uno no acaba de creer, como si se refirieran a cosas que no han existido nunca.

Trataré de contar lo que vi:

El sótano era grande y de techos bajos terminados en bóveda. Eso significaba que bastantes columnas tenían que sostener aquel techo. A una de ellas estaba atada una mujer.

Era joven.

Le calculé unos veinte años.

Tenía un magnífico aspecto de campesina bretona, de mujer corpulenta que lo soporta todo y cuya belleza radica principalmente en su formidable salud. No era una damisela de salón, sino una potranca capaz de dar al mundo muchos hijos sanos. Sus colores, sus líneas, incluso sus cabellos rubios y germánicos, denotaban belleza y potencia.

Pero eso duraría poco si seguían tratándola así.

Resultaba inexplicable.

Tuve que frotarme los ojos para convencerme de que era verdad lo que estaba viendo.

La chica —que en seguida supuse se trataba de Lucille— estaba sujeta a la columna por medio de dos gruesas cadenas de las que tiraba desesperadamente. No llevaba ninguna ropa. Y creo que el espectáculo que ofrecía hubiera resultado fascinante para un

hombre de no haber resultado también un espectáculo tan salvaje.

Otra mujer la estaba golpeando con su látigo. Y ahora Lucille no gritaba porque le habían puesto una mordaza.

Necesito hablar de esa segunda mujer. Me llamó tanto la atención que supe desde entonces que ya jamás podría olvidarla.

Ésta era de una rara belleza. Llevaba los cabellos rubios largos hasta la cintura, y la blusa se le había desabrochado a causa de la excitación y la rabia con que manejaba el látigo. Debajo de esa blusa aprecié unas líneas que hubiese envidiado cualquier mujer.

También la falda, que era abierta y se abrochaba por un lado, había llegado a descolocarse a causa de la violencia de sus movimientos. Vi que el hueco dejaba al descubierto una pierna larga y mórbida, enfundada en una fina media. En lugar de zapatos, llevaba unas elegantes botas de alto tacón que le cubrían hasta la rodilla.

El espectáculo que ofrecía hubiera podido resultar fascinante para un hombre.

Pero sobraba el látigo.

Sobraba aquel suplicio inhumano que yo no entendía.

Me di cuenta de que aquella hermosa mujer-verdugo tenía unos veintiocho o treinta años. Estaba en toda la potencia de su belleza. Los dientes rechinaban con rabia a cada nuevo latigazo que propinaba a su víctima.

No estaba sola.

Un tipo alto, que llevaba una barbita recortada y tenía los ojos entornados, asistía al suplicio. Iba muy bien vestido. Quizá a causa de su barba o de su postura negligente tenía algo de cortesano de la Edad Media.

Reía quedamente.

Cada nuevo latigazo parecía producirle un visible placer.

Lucille se retorció de dolor, a punto de desmayarse.

Debía haber gritado antes de que la amordazasen, pero ahora apenas podía lanzar débiles gemidos que no atravesaban la puerta.

No sé cuánto tiempo dejé pasar así, aterrada, fascinada, sintiendo que todo daba vueltas en torno mío. Era como encontrarme en un sueño donde nada tenía sentido.

Pero de pronto reaccioné.

Tenía que intervenir.

Como fuese, tenía que hacer algo.

Me dispuse a bajar los peldaños que faltaban y saltar sobre aquella diabólica mujer. Pero en ese instante oí un chasquido arriba.

Alguien descendía. Eso significaba que iba a quedar acorralada entre dos enemigos, entre los de abajo y el que llegaba desde el vestíbulo.

Bruscamente el miedo me dominó, me hizo vacilar y perder las fuerzas. Yo no soy un hombre, sino una mujer. A aquellos seres que parecían llegados del fondo del tiempo les bastaría darme un par de golpes para convertirme en su prisionera.

Bruscamente me pegué a la pared. Como la escalera formaba allí una especie de ángulo y estaba muy mal iluminada, existía un cierto margen de posibilidades de que no me vieran. Además, yo, por fortuna, llevaba ropas oscuras.

Contuve la respiración.

Vi bajar al criado que me había llevado la maleta, a «ojos-de-muerto».

Parecía muy excitado.

Tanto, que pasó por mi lado, casi rozándome, y sin embargo no me vio. Lanzó un gruñido mientras la mujer del látigo dejaba de golpear con un gesto de fastidio.

—¿Qué has venido a hacer, Pierre? —masculló.

El criado alzó un poco las manos mientras gruñía:

—He venido a avisarla.

—¿De qué?

—Están cometiendo demasiadas imprudencias, maldita sea. Usted y Pascal creen que están en el fin del mundo.

—Sabemos perfectamente dónde estamos. ¿Qué pasa?

—Pueden llegar personas al hotel. Ustedes creen que sólo llegarán en el autobús que recoge a los viajeros en la estación, y creen por eso que llegarán a horas fijas, ¿no? Pues se equivocan. Hace poco ha llegado una periodista en un taxi. Y después ha venido el químico Conan en su propio coche. Hace veinte años el autobús de la estación aún servía para algo. Ahora ya no, maldita sea. Deberían obrar con más prudencia. —¿Por qué?

—La periodista ha oído gritar a Lucille sin duda cuando la sacaban de su habitación. Y me ha preguntado qué pasaba.

—¿Sospechaba algo?

No palpitaba inquietud en la voz de la hermosa mujer, sino más bien odio.

—No —dijo Pierre—, puesto que le he explicado que sufría un ataque y que vendría una ambulancia a por ella. Pero luego Lucille ha gritado otra vez.

—¿Y lo ha oído alguien?

—No, claro que no. Sólo Jacquet. Pero pudo haberlo oído cualquiera.

—Por eso la hemos amordazado.

—De todos modos han cometido una increíble imprudencia. No sé qué piensan a veces.

En el hotel hay gente que podría notar algo extraño, ¿no?

La hermosa mujer soltó el látigo.

Gruñó:

—Tienes razón, Pierre. Gracias por advertimos. ¿Hay alguien arriba?

—No. Sólo Jacquet.

—Ayúdame a llevar a ésta.

—¿No me mancharé de sangre?

—Idiota... ¿Dónde ves la sangre? El látigo duele mucho, pero es de filo ancho. No llega a penetrar en la piel.

Noté que entre los tres desataban a Lucille, la cual se había desmayado. Durante un rato estuvieron dedicados a su propio trabajo y no tuvieron la menor posibilidad de verme.

Yo crispé los dedos desesperadamente.

Tenía que contar a la policía lo que había visto.

No era un asesinato, desde luego, pero resultaba lo bastante inquietante para que no lo dejara pasar por alto de ninguna manera. Comprendí también que nada conseguiría poniéndome a chillar allí mismo y exponiéndome a que me inutilizaran, sino que me convenía escabullirme cuanto antes y telefonear.

De modo que subí en silencio mientras los demás desataban a Lucille.

Empujé la puerta con todos los nervios en tensión.

Si me veía Jacquet, que tenía su puesto de trabajo situado a pocos pasos, estaba completamente perdida.

Además, la puerta produjo ruido.

Contuve la resistencia mientras me dominaba un sentimiento de miedo.

Estaba segura de que me atraparían.

Pero en aquel momento sonó el teléfono en el *comptoir*. Oí unos pasos que se alejaban.

Sin duda Jacquet iba a atender la llamada.

Yo abrí entonces y, en efecto, le vi de espaldas manejando la centralita. Al principio me había parecido extraño que hubiese tan poco personal en aquel hotel, pero ahora ya no me lo parecía tanto. Podían fiarse de muy pocas personas, dadas las cosas tan extrañas que ocurrían allí.

Pasé por el vestíbulo ágilmente, sin hacer el menor ruido, y ascendí por las escaleras. Apenas había llegado a los primeros peldaños cuando Jacquet, que sin duda había oído algo, dejó el teléfono y fue hasta la puerta del sótano.

—¿Alguien ha subido? —gritó desde arriba—. ¡He oído la puerta!

—¡No habrá cerrado bien! —Me pareció que gritaba Pierre desde abajo—. ¡Vuelve a tu puesto!

Todo aquello me dio un respiro para huir y me permitió llegar a mi habitación. Cuando me senté en la cama, jadeaba. Esperé a recobrar el ritmo de mi respiración antes de descolgar el teléfono.

El mismo Jacquet me atendió amablemente.

Pedí que me diese línea.

Una vez obtenida, no pensaba cometer la ingenuidad de llamar a la policía desde allí, porque sin duda Jacquet controlaría la conversación. Lo que haría sería llamar a mi periódico, donde algunos compañeros teníamos una clave de alarma para pedir que se llamase a la policía en casos difíciles sin que nadie lo notase.

Estaba segura de que, desde París, mis compañeros llamarían a Le Havre, y la policía caería, sobre Ville Lautien sin que aquellos buitres lo imaginaran. Tanto más cuando yo sólo había hecho una inocente llamada a mi periódico.

Pero la voz de Jacquet me contestó:

—Lo siento, señorita Norton, pero no puedo darle línea porque las comunicaciones por teléfono están interrumpidas. Hay todo un sector que están reparando.

Dominé mi nerviosismo.

—Es un grave inconveniente —dije con voz natural—. No sé cómo voy a ponerme en contacto con mi periódico. ¿Tienen servicio de *télex*?

—No, señorita. Éste es un hotel residencial no de negocios.

—Me gustaría decir que he llegado —musité—, pero en fin, tampoco tiene tanta importancia.

Y colgué.

Supuse que mi voz había sido lo bastante natural como para que Jacquet creyese que no había visto nada. De modo que salí otra vez de mi habitación y fui al vestíbulo.

El hombre vestido de negro parecía estarme esperando.

Me miraba fijamente, como si quisiera hipnotizarme.

No se encontraba solo. Otro hombre de apenas treinta años, de modales algo apocados y que llevaba el pelo muy largo, se encontraba apoyado en el *comptoir*. Daba la sensación de no ser un viajero, sino un empleado administrativo del hotel. Ni siquiera me miró.

Jacquet musitó:

—¿Va a salir, señorita?

—Sí. Iré a Le Havre.

—¿Para telefonear?

Iba a decirle que le importaba un comino, pero preferí jugar el papel de chica que tiene las piernas bonitas y es un poco tonta.

—Puede que telefonee si tengo ganas —dije—, pero lo esencial es que necesito dar una vuelta por la ciudad. No voy a aburrirme aquí hasta la hora de la cena.

—Verá... No hay medios de comunicación desde aquí, señorita.

—No me importa. Iré a pie.

Y fui a pasar.

El tío tuvo que aguantarse. No podía atreverse a detenerme porque sí. Iba a llegar a la puerta cuando vi algo que llamó profundamente la atención en la entrada misma del vestíbulo. Junto a un diván, y sobre un búcaro de flores, había un gran retrato al óleo. En él estaba magníficamente representada la fascinante mujer a la que yo había visto poco antes en el sótano manejando el látigo.

Me detuve.

Sentía frío en las piernas, como si de nuevo me envolviera aquel clima de pesadilla que había notado cuando puse los pies en el

jardín del hotel.

—¿Quién es? —musité.

Jacquet dijo a mi espalda:

—¿Por qué lo pregunta?

—Es que resulta extraño encontrar cuadros de personas en los hoteles. Las únicas pinturas que se encuentran representan paisajes.

—Ya le dije que ésta había sido una antigua villa familiar —murmuró Jacquet.

—¿Por eso se conservan cuadros?

—Sí, por eso.

—¿Y quién es esta mujer? Vamos, si no resulta indiscreto.

—Se equivoca —musitó—. No debe preguntar *es*. Debe preguntar *era*. Volví a sentir aquel frío más intenso cada vez.

—¿*Era*?

Mi propia voz me parecía lejana, falsa, como si procediese de otra garganta.

—Sí —dijo Jacquet—. La señorita Lucrecia Lautien murió hace dos años. Tuvo un terrible accidente.

Noté que todo daba vueltas en torno mío. La sensación de lo desconocido se adueñó completamente de mí.

Aquel ambiente que no entendía me tenía hundida.

Todo falló.

Mis rodillas vacilaron y todo mi cuerpo dio un extraño giro. Rodé sobre la alfombra mientras oía como un chasquido lejano, como algo que ocurriera en un sitio muy distinto, el retumbar de mi cabeza.

CAPÍTULO III

No, no es lo que ustedes creen.

Ese color amarillo es como el color de la casa de Angers.

No me consideren con tan poco temple. No me desmayo sólo porque me digan que está muerta una persona a la que he visto viva hace poco.

Ese color amarillo es como el color de la casa de Angers.

No me había dominado el miedo por el hecho de saber sin lugar a dudas que allí existía un engaño monstruoso.

ESE COLOR AMARILLO ES COMO EL COLOR DE LA CASA DE ANGERS.

Aún vibraban esas palabras en mis oídos.

Aún me parecía que la muerte estaba en mí, hurgando en mi cerebro, buscando algo en el secreto de mis células.

Porque eran esas palabras las que habían hecho que me desmayase.

ESE COLOR AMARILLO ES COMO EL COLOR DE LA CASA DE ANGERS.

No me había desmayado por lo de Lucrecia Lautien, sino al oír esas otras palabras.

Mientras todo zumbaba aún en torno mío, mientras notaba confusamente que estaba caída en la alfombra, oí que Jacquet murmuraba:

—¿Qué diablos le ha ocurrido? Se ha desmayado... ¡Vamos, ayúdeme!

Unos pasos se acercaron a mí.

Noté de una forma confusa que el que se situaba en la parte inferior de mi cuerpo era Jacquet.

Fue a levantarme.

Pero tocó mis piernas mucho más de lo que debía.

No me importó porque estaba sumida en una especie de letargo.

Mis fuerzas eran nulas.

Jacquet insistió:

—Sujétala tú también, Robert.

Robert debía ser el otro, el taciturno.

A pesar de estar sin sentido, dándome cuenta sólo de algunas cosas fugitivas, yo seguía pensando.

Jacquet murmuró:

—Oye, ha sido muy raro...

—Sí.

—No, no me refiero sólo a lo del desmayo.

—¿Pues a qué?

—A lo que tú has dicho, Robert.

—¿Y qué he dicho yo?

—Pues algo que no tiene sentido. Has dicho: *«Ese color amarillo es como el color de la casa de Angers»*.

Y entonces ella se ha desmayado.

—No, no... Se ha desmayado al ver el cuadro.

—Yo diría que ha sido al oírte... Claro que nada de esto tiene sentido. ¿Por qué has dicho eso? ¿A qué color amarillo te refieres?

—No lo sé.

—¿Pues por qué lo has dicho?

—¡Repito que no lo sé! ¡Ni siquiera estoy seguro de haber dicho algo!

Jacques suspiró.

—En fin —gruñó—, tampoco tiene tanta importancia. Ayúdame a llevarla al ascensor.

Noté que me levantaban.

Su actitud indicaba que no querían hacerme ningún daño. Y eso que podían habérmelo hecho, porque yo estaba completamente indefensa. Me llevaron en volandas hasta el ascensor y me metieron en él. Empecé a gemir un poco, sentada como estaba en la cabina. En un instante llegamos al primer piso.

También me sacaron en volandas.

«Menuda exhibición de ropa interior debo estar haciendo», pensé.

Pero fue un pensamiento muy fugaz. Tenía otras cosas de qué preocuparme. La puerta de mi habitación se abrió y me tendieron en la cama.

—Preciosa —dijo la voz de Robert.

—Lástima que ahora no podamos aprovecharla.

—Sí. Es lástima...

—En fin. Más tarde.

Una lucecita se encendió y apagó varias veces en mi cerebro. Y en cada ocasión la lucecita parecía proyectarse sobre una sola palabra. «*Aprovecharla*».

¿Qué significa eso?

¿Hacer algo con mi cuerpo?

Fui a revolverme. El temor de que me forzaran me dio nuevas fuerzas. Todos mis músculos vibraron al fin.

Pero entonces oí de nuevo la voz:

—Si se cae manchará la alfombra de tía Marlén.

Una sensación de vértigo me dominó totalmente.

—*Si se cae manchará la alfombra de tía Marlén.*

Lancé un débil gemido.

SI SE CAE MANCHARA LA ALFOMBRA DE TÍA MARLEN.

Me fallaron las fuerzas de nuevo. Perdí el sentido otra vez. Y ahora definitivamente. Ahora mis ojos se cargaron de tinieblas. Mi cerebro se cargó de muerte.

Alguien ponía algo en mi boca.

—Beba...

Me levantaban la cabeza.

—Por favor, beba...

Noté un contacto ardiente en los labios. Sin duda era licor. Tragué un par de veces y empecé a toser.

Vi entonces algunas cosas, aunque todas ellas rodeadas por una especie de neblina misteriosa.

Estaba tendida en la cama de mi habitación.

Iba totalmente vestida, lo cual significaba que no habían hecho nada conmigo. Tampoco me dolía ninguna de mis partes íntimas. El temor de que alguien se hubiera aprovechado de la situación se disipó de pronto.

—Beba...

Una voz de mujer Insistía para que tragase un poco más de aquel licor ardiente. Lo hice, volví a toser y abrí los ojos del todo. Entonces me di cuenta de quién era la mujer que me estaba

ofreciendo la taza.

Tuve un brutal estremecimiento.

Se trataba de..., ¡de la propia Lucille!

¡La muchacha a la que habían estado golpeando con el látigo en los sótanos de la casa!

Ella musitó:

—¿Se encuentra mejor?

Miré tontamente si distinguía las señales del látigo en su espalda. Y digo «tontamente» porque ahora no podía mostrarlas aunque las tuviese. Iba totalmente vestida con un irreprochable uniforme negro. Su actitud respetuosa era la de una criadita de hotel de lujo. Por mi cerebro pasó el pensamiento de que me convenía disimular. Ellos no sabían que yo había estado en el sótano, y por lo tanto me convenía que siguieran sin saberlo. Con voz pastosa contesté que sí, que me encontraba mejor.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada... Un mareo inexplicable.

Miré de soslayo por si estábamos solas en la habitación. Lucille me infundía confianza, no sé por qué, y tal vez le hubiera preguntado algo. Pero no estábamos solas. El tal Jacquet, siempre vestido de negro, nos miraba con expresión escrutadora desde la puerta.

—¿Quiere que llame a un médico? —preguntó.

Negué con la cabeza, puesto que el «médico» podía ser alguien de su confianza para sonsacarme. Me sentía completamente acorralada.

—No se preocupen —dije—. Lo mío ha sido una tontería que pasará muy pronto.

—Bien, señorita.

Todos se retiraron y entonces quedé sola en la habitación. Me parecía que los muebles, las paredes, el techo daban silenciosas vueltas en torno mío. Mis ojos errabundos se clavaron en las ventanas, por las que ya apenas entraba un resquicio de luz.

Al fin apreté mis puños con una mueca de decisión.

Tenía que salir de allí y avisar a la policía. No sólo había visto atormentar a una pobre muchacha, sino que en la casa se ocultaba una mujer que oficialmente estaba muerta.

Muy bien, pero ¿cómo salir?

Con las luces apagadas, para no ser observada desde el exterior, escruté a través de una de las ventanas. Pude ver que las ramas de un corpulento abeto casi estaban a mi alcance, aunque la situación podía resultar muy peligrosa si yo fallaba en el salto. Pero me decidí.

Cambié mi falda por unos pantalones, lo cual me permitiría mayor libertad de movimientos, y abrí la ventana siempre con las luces apagadas. Una vez en el alféizar, salté con todas mis fuerzas.

Por fortuna, soy ágil.

Pude alcanzar una de las ramas del abeto cuando pensaba que iba a caer.

Todo el árbol tembló. Tuve la sensación de que había hecho demasiado ruido y me descubrirían.

Pero no ocurrió nada. Lo que a mí me había parecido un estruendo debió ser sólo un chasquido que no oyó nadie. Desollándome las manos por mi falta de práctica, pude descender por el tronco hasta llegar a tierra.

Una vez allí me moví por las zonas más Sombrías del jardín hasta alcanzar la verja, que atravesé sin dificultad. Todo había salido mejor de lo que pensaba. Ahora no tenía más que atravesar los senderos del bosque para llegar a Le Havre.

El bosque...

Había algo de misterioso en él, algo que me helaba la sangre en las venas.

Me daba miedo atravesarlo, pero si seguía la carretera me exponía a que me atrapasen con un automóvil en cuanto se dieran cuenta de mi ausencia. De todos modos elegí esta última solución.

Anduve por la carretera presurosamente, mientras el viento empezaba a elevar entre los árboles mil susurros misteriosos.

De pronto unos faros me cegaron.

Un automóvil lanzado a gran velocidad venía en dirección contraria.

Entre que volvían a fallarme las fuerzas e iba distraída, estuve a punto de cometer un mortal error. No salté a un lado de la carretera, sino que me estuve quieta y cubriendo los ojos con mis manos para evitar el deslumbramiento. Menos mal que el conductor era bueno y frenó a tiempo, porque de lo contrario se me hubiese llevado por delante.

Los faros se apagaron.

Alguien gritó:

—¿Pero qué le pasa?

Me pareció recordar aquella voz y avancé hacia la ventanilla del conductor. Vi que el vehículo era un taxi y que el taxista era el mismo que me había conducido horas antes a Ville Lautien. Suspiré con alivio.

—Oíga —supliqué—, ¿no podría llevarme a Le Havre? —Pero, señorita... Voy en dirección contraria...

—Por favor, gire... ¡Necesito hacer algo muy urgente!

—¡Y yo tengo que llevar a mi hijo enfermo a una clínica! —masculló la pasajera, a la que hasta entonces no había visto—. ¿Pero por qué se detiene por esa zorra, taxista? ¡Debe haber quedado citada con alguien para que la sobe y teme llegar tarde! ¡Vamos! ¡Arranque!

Vi que la mujer era de mediana edad y llevaba un niño dormido en los brazos. Con una mujer que estaba sometida a esa clase de carga emocional no se podía discutir. El taxista hizo un gesto de resignación mientras musitaba:

—Lo siento.

—Oiga... ¡Por favor! ¿Usted llevó a todos los periodistas a Ville Lautien?

—Sí. Fui yo. He estado de servicio todo el día porque mis compañeros han hecho huelga.

—¿A cuántos ha llevado?

—A cuatro, aparte de usted.

Me estremecí.

En recepción del hotel me habían hablado solamente de la llegada de tres.

Por lo tanto, había desaparecido uno.

—¿Sabe cómo eran? —pregunté, aun a riesgo de enfurecer a la pasajera.

—Bueno... Me resultaría difícil describirlos, aunque le podría hablar de sus nacionalidades, puesto que me hablaron de ellas. Uno era polaco, otro rumano, otro italiano y el cuarto inglés. Este último era el más joven. Rubio y de ojos azules.

No me dijo más.

Arrancó velozmente.

Yo quedé detenida unos instantes en la carretera, dándome cuenta del peligro que corría si seguía sobre el asfalto. Podía verme cualquiera que me persiguiese. De modo que dominé mi miedo y me introduje por el bosque.

Creía recordar al cuarto periodista, al joven rubio y de ojos azules. Que me matasen si no era Clipperton, del *Daily Mail*. Se trataba de uno de los primeros cerebros del país en cuestiones de ciencia pura, y le enviaban siempre a reuniones de esa clase. Yo le había conocido un año antes en París.

Pensé que si daba con él podría serme de gran ayuda, puesto que éramos amigos. Mientras tanto iba avanzando por el bosque sin más luz que la de la luna, sintiendo que cada vez me envolvían más aquella siniestra penumbra y aquel espantoso silencio.

Hasta que de pronto el bosque se aclaró un poco.

Me pareció ver unas manchas blancas entre los árboles.

Y, al reconocer lo que eran, el miedo volvió a penetrar en mí como un veneno sutil o como un puñal helado.

¡Porque se trataba de tumbas! ¡Yo estaba llegando a un cementerio!

CAPÍTULO IV

Si alguna duda me quedaba, el letrado me lo aclaró. Estaba colgado de uno de los árboles y decía: «*Cementerio normando de Billecourt. Siglo IX*».

Me encontraba, pues, en un lugar histórico, en uno de los atractivos que las oficinas de turismo de la comarca podían ofrecer. Se trataba, al parecer, de un cementerio normando magníficamente conservado, puesto que las lápidas estaban casi intactas. También debían estar realizándose trabajos de excavación en él, porque vi vacías unas cuantas tumbas.

Pero maldita la gracia que me hacía atravesar por aquel sitio, especialmente bañado por la luz de la luna. Era justo lo que necesitaba para acabar de destrozar mis nervios.

Y sin embargo, el camino más corto llevaba por allí. Distinguía a lo lejos las luces de Le Havre, siguiendo el curso inferior del Sena. Por lo tanto, di unos pasos entre las tumbas con ánimo de atravesar en cuestión de segundos.

Procuraba no mirar a ninguna parte.

Sólo quería llegar..., llegar...

El miedo me daba fuerzas que nunca tuve. Creo que nunca mis pasos habían sido tan ágiles y nunca había caminado con tanta seguridad por un sitio que no conocía.

Pero de pronto me detuve.

Había mirado sin querer hacia el interior de una de las tumbas vacías. ¿Vacías?

Ahogué un grito mientras sentía como si una mano invisible me cerrara la boca.

¿Qué era aquello?

¿Me envolvía la pesadilla otra vez?

¿Qué hacía Clipperton dentro de aquella tumba?

Me detuve como hipnotizada, porque de pronto me estaban fallando las fuerzas otra vez. Miré alucinada al fondo de aquella tumba que había sido abierta sin duda para realizar excavaciones en ella. Teóricamente debía estar vacía, pero..., pero contenía el cuerpo de Clipperton.

Lo conocía bien, y por lo tanto no me cabía duda de que era él. Rubio, ojos azules (distinguía su color aunque estaban casi cerrados), boca recta, unos veinticinco años...

Por un momento pensé, aterrada, que estaría muerto, pero en seguida me di cuenta de que no. Podía apreciar que su pecho subía y bajaba al compás de una quieta respiración.

Todo aquello era incomprensible.

Si Clipperton había llegado un día antes, ¿qué hacía allí?

Me di cuenta de otros detalles que me parecieron absolutamente inconcebibles. Por ejemplo, llevaba una gruesa tira de plástico que le cubría la frente, las sienes y el occipucio rodeando completamente su cabeza. Era como los pañuelos que aún hoy usan los indios navajos, pero la ancha tira de plástico estaba muy bien colocada y debía tener su utilidad.

Esto no hizo más que aumentar mis confusiones.

Me incliné sobre la tumba.

Casi apoyé la cabeza en el pecho de Clipperton.

Quería convencerme de que respiraba bien.

Y de pronto él abrió los ojos...

No lo noté al principio.

Pero aquellos ojos azules me miraban de una forma distinta, de una forma inhumana que no era la suya.

Algo había cambiado en él.

Todo era distinto, asombroso.

Siendo el mismo hombre... ¡parecía como si tuviera otro dentro de él!

Miré entonces aquellos ojos y sentí el frío de la muerte en la espalda. No sabría decir exactamente por qué, pero lo sentí. Quise echar la cabeza hacia atrás mientras lanzaba un débil gemido.

Ya no pude.

Las manos se habían alzado de repente.

Me sujetaban la garganta.

Apretaban con diabólica fuerza.

El propio Clipperton, desde el fondo de la tumba..., ¡me estaba estrangulando!

CAPÍTULO V

Pude gritar roncamente, aunque di por supuesto que nadie iba a oírme. Las manos que antes fueron amigas apretaban mi garganta con más fuerza cada vez. Los ojos que antes fueron tan amables me miraban con una fijeza diabólica.

No entendí nada de todo aquello.

Era como pasar por el túnel de una pesadilla al final del cual estaba mi propia muerte.

Fue eso lo que me dio fuerzas en el último momento. Fue la certidumbre de que iba a morir. Clipperton me estaba estrangulando lenta y científicamente. Sus manos de hierro no me soltaban.

Pero yo contaba con una ventaja, y era que estaba casi encima suyo. Por lo tanto me bastaba con empujarle el pecho hacia atrás con todas mis fuerzas para que no pudiese sujetarme cómodamente. Sólo en el caso de que él pudiera saltar encima mío estaría perdida.

Pero no lo consiguió. Por otra parte, noté que sus fuerzas disminuían muy rápidamente. Aunque resultara extraño, sus energías se hundieron en sólo unos instantes.

Le empujé violentamente hacia abajo.

Parecía como si quisiera devolver otra vez al muerto al fondo de su tumba.

Conseguí desasirme y respiré entrecortadamente, mientras me sentaba en el suelo, junto a la fosa, pero lejos del alcance de sus manos. Noté que él también se había derrumbado y que respiraba más entrecortadamente aún que yo, como si acabara de realizar un terrible esfuerzo.

Por fin me alejé de allí.

Iba casi a gatas, porque me faltaban fuerzas para ponerme en pie. Pero lo único que me importaba era huir..., huir...

Vi entonces que alguien se acercaba.

Era un hombre con un farol.

Parecía una estampa arrancada del fondo de otra época, como si de pronto hubiéramos retrocedido todos a los siglos de la Edad Media.

Mi primer impulso fue correr a pedir ayuda a aquella persona que se acercaba, pero una especie de sexto sentido me advirtió que no lo hiciese aún. Podía ser un enemigo peor que Clipperton.

Vi entonces que se trataba del criado al que habían llamado Pierre. El no me había distinguido a mí, porque tenía toda su atención concentrada en las sepulturas.

Agazapada detrás de un tronco, asistí a aquella increíble escena.

Pierre se detuvo con el farol al borde de la tumba.

Y murmuró:

—Eh... Gier... Gier...

¿Gier?

¿Por qué llamaba así a Clipperton?

—No debieras haber venido aquí como en los viejos tiempos, Gier —le decía cariñosamente—. Has cometido una tontería, ¿sabes? Vamos, vuelve... No quiero verte más por aquí. Tienes que volver. Tal como estás ahora te expones a morir de un momento a otro...

En efecto, ya me había sorprendido que Clipperton perdiese las fuerzas tan fácilmente. Al principio yo había tenido la sensación de que podía estrangularme pero luego me di cuenta también de que se derrumbaba por momentos. Deshacerme de él no me había resultado nada costoso.

Todo eso me parecía inexplicable, pero más inexplicable me parecía aún que al periodista inglés lo llamaran Gier, si ése no era su nombre. Y que le dijese que no debía haber vuelto allí «como en los viejos tiempos», cuando lo normal era que Clipperton no hubiese estado en aquel cementerio nunca.

Noté que Pierre le daba la mano para sacarlo de allí. Prácticamente se lo cargó sobre las espaldas. Y poco a poco, de esa forma, abandonaron el lugar más siniestro del bosque.

Yo les seguí, a pesar del miedo que tenía.

Vi que se dirigían a poca distancia de allí. Se trataba de un pabellón situado a cosa de un kilómetro del hotel. Era relativamente moderno, aunque tenía un aspecto bastante destartado, y en la

puerta una placa anunciaba:

«ALMACÉN GENERAL DE VILLE LAUTIEN»

Una serie de intensas luces amarillas estaban encendidas en el interior. Vi que Clipperton y Pierre desaparecían por la puerta y no me atrevía a seguirles más. Tenía la sensación de que si me acorralaban en algún sitio cerrado ya no iba a poder salir de allí.

Por lo tanto regresé al cementerio de los normandos y fui a pie a Le Havre, atravesando el bosque.

Ningún percance más me ocurrió. Pude llegar sin contratiempos al hermoso puerto fluvial. Me sentí infinitamente aliviada porque ahora sí que estaba a mi alcance aclararlo todo llamando a la policía.

Pero cometí un error.

Telefoneé a mi periódico antes que llamar a la Sureté. Con aquella llamada conseguí que los diablos se volvieran a mí en lugar de alejarme de ellos. Les explicaré.

CAPÍTULO VI

El redactor jefe estaba en su puesto a aquella hora. Cuando se enteró de que yo era quien llamaba, pensó que debía ser para algún asunto rutinario y preguntó con voz aburrida:

—¿Qué? ¿Todo bien?

—Todo mal —dije.

—¿Algún accidente? ¿Dificultades de alojamiento? ¿Qué pasa?

—Algo que puede ser muy importante. Voy a explicártelo de «pe» a «pa».

Y le narré todo lo que había acaecido desde mi llegada a Ville Lautien. Le dije lo que había visto y todo lo que había pensado incluso. Aquel buitre no me tranquilizó con una sola palabra en ningún momento, mientras duraba mi relato. Al contrario, noté que respiraba agitadamente a intervalos, como si se entusiasmase.

Al fin preguntó:

—¿Eso es todo?

—Todo. ¿Te parece poco?

—Mira, muchacha, ésa es una noticia sensacional.

—Sí. Y por desgracia, puede ser la última que yo recoja en mi vida.

—¿Tienes miedo?

—Imagina...

Y añadí rápidamente:

—Voy a avisar a la policía. Te lo he contado todo antes para que estuvieses informado, pero a partir de ahora serán los gendarmes los que intervengan.

—Por favor, no.

—¿Por qué no?

—Tienes en tus manos una de las noticias más interesantes del año y ya piensas en estropearla.

—¿Estropearla? ¿Por qué?

—Parece mentira que precisamente tú me preguntes eso. Desde el momento en que la policía la conozca, la noticia pertenecerá a todo el mundo. La conocerán otros periódicos, mientras que ahora la tenemos nosotros en exclusiva. ¿Te das cuenta?

—Claro que me doy cuenta. Y también de que soy una mujer que corre peligro.

—Muñeca, tienes que volver allí.

—¿Con la policía?

—¡Y dale con la policía! Ellos no van a resolver nada ahora, y aparte está el hecho de que podemos meter la pata. Vuelve allí y averigua todo lo que puedas. Mañana me envías un reportaje completo, y si puede ser con fotos mejor. Tú siempre llevas una buena máquina.

—Pero..., ¡puede que te lo envíe desde el otro mundo...!

—Para eso te pagan espléndidamente y de vez en cuando hasta te pellizcan el muslo izquierdo, muñeca —dijo—. Aguanta.

Tuve la sensación de que colgaría.

Pero por suerte no lo hizo.

—Te enviaré a dos hombres en un coche —informó—. Ellos se mantendrán a distancia, pero te ayudarán a obtener ese reportaje. Los encontrarás en el momento oportuno.

—Oye..., ¡pero lo que dices es absurdo! ¡Necesito alguna orientación! Por ejemplo, está lo de Clipperton.

—Clipperton trabaja, efectivamente, en el *Daily Mail*, pero hay algo que tú no sabes. Y él, por el momento, tampoco. Pero bastantes personas lo saben.

—¿De qué se trata?

—Padece cáncer. Tiene en los pulmones una mancha cada vez más acusada. El cree que las molestias son pasajeras pero según los expertos le quedan sólo unos meses de vida. Y es una lástima, porque Clipperton tiene un cerebro de primera clase.

—Eso no aclara nada de lo que he visto —le dije.

—Lo sé. Eres tú la que debe enterarse de la importancia de lo que viste. Yo me limito a informarte sobre Clipperton.

—Es que no sólo se trata de eso —musité.

—¿Hay más...?

—Sí. Se trata de un hombre llamado Pierre. Es un criado de Ville Lautien.

—Como si quiere ser un criado de la reina de Inglaterra. ¿A mí qué...?

—¿Tú te acuerdas de Leonard? —pregunté bruscamente.

—Sí, el matemático.

—Murió asesinado —dije.

—Bueno, la cosa no se comprobó del todo... Tú fuiste a ver el cuerpo después de la autopsia. No había nada que pudiera afirmarse con seguridad.

—Cierto, pero recuerdo perfectamente sus ojos. Leonard ya tenía sesenta y pico de años. Sin embargo, sus ojos eran firmes y agudos como los de un joven. Hoy los he vuelto a ver.

—¿Qué quieres decir?

—Eso no te lo había explicado. Uno de los criados, el tal Pierre, tiene exactamente los ojos de Leonard.

—Pueden parecerse...

—No. Son los mismos.

Mi voz era tan firme que noté que le estaba sobresaltando. Una cierta sospecha debió anidar en su mente, porque al cabo de unos instantes preguntó:

—Oye, ¿te has drogado?

—Yo no tomo porquerías.

—Ya lo sé. Tú no tienes como droga ni el sexo.

—Podría habérsete ocurrido otra cosa, ¿no?

—Verás... Puedes haberlo hecho por probar... Hay derivados de la heroína que se inyectan y que puede uno conseguir en ciertas farmacias. Hay fulanos que venden LSD 25. Un papel de arroz del mismo ya basta. Te lo introduces en la boca, dejas que se disuelva y..., ¡zas! A ti pueden haberte enredado con una cosa de esas.

—Me duele que desconfíes de mí hasta ese extremo —dije—. No, a mí no se me «enreda» tan fácilmente. Cuando vi aquellos ojos estaba en pleno uso de mis facultades. Y también cuando oí lo de mi padre.

—¿Queeeeeé?

Comprendí que no me entendía.

Quizá yo estaba diciendo esa noche cosas demasiado raras para el mundo de las personas que viven en un ambiente normal. Y en el *France-Soir* se respiraba un ambiente normal, aunque a mucha gente le pareciese aquélla una casa de locos.

—Lo de mi padre —insistí de todos modos—. Tú sabes quién era, ¿no?

—Por supuesto. Un magnífico matemático. El te enseñó todo lo que sabes.

—A veces pienso —dije— que lo asesinaron.

—¡Qué tonterías...!

—Aquella dosis de barbitúricos excesiva. ¿La tomó él realmente? —¿O se la hicieron tomar? ¿Qué motivos tenía para suicidarse?

—Una mujer —me dijo el redactor jefe cruelmente—. Tu padre era viudo y estaba liado con una mujer mucho más joven que él. Esas cosas conducen muchas veces al desastre, pero no sé a qué viene hablar de ello ahora.

—Yo ya sabía que estaba enamorado de una mujer más joven —dije, haciendo caso omiso de la observación—, aunque lo cierto es que no llegué a conocerla. El único dato que mi padre me dio un día descuidadamente fue que tenía una herida en el lóbulo de la oreja izquierda. Y no creas que te hablo de eso sólo por capricho.

—¿Pues por qué?

—No acabo de fiarme del doctor Blanchard, que fue quien hizo la autopsia. Siempre tuve la sensación de que me ocultaba algo.

—Es un viejo astuto ya olvidado. ¿Por qué hablas de él ahora?

—Porque papá y yo íbamos a veranear a una casa de Angers.

Comprendí que mis palabras no tenían sentido para quien desconociese mis pensamientos. Seguramente estaba desorientando del todo al redactor jefe. Preguntó con voz ronca:

—Una casa en Angers... Muy bien. Allí se fabrica el famoso Cointreau. ¿Y qué?

¿Pretendes burlarte de mí?

—No —dije—. La casa era amarilla.

—Oye, nena, nenita... ¿De verdad no has probado uno de esos papeles de arroz impregnados de LSD?

—En ese caso habría estado unas ocho horas inconsciente. No, no he probado nada. Si te hablo de la casa de Angers y de su color, es porque mi padre la usaba frecuentemente como elemento de comparación. Por ejemplo decía: «Es un amarillo como el de la casa de Angers».

—¿Y qué?

—Una vez estuve enferma —continué—. Como mi padre

acababa de quedar viudo y no podía cuidarme, decidió trasladarme a casa de una hermana suya. Eso le pareció más humano y conveniente que meterme, por ejemplo, en un hospital. Su hermana, o sea mi tía, se llamaba Marlén.

Noté que el redactor jefe estaba del todo impaciente.

—¡Hablas de tonterías! —gritó, perdiendo el dominio de sí mismo—. ¡Parece como si estuvieras borracha! ¡No entiendo qué tiene que ver con todo esto la maldita casa amarilla de Angers, pero a tía Marlén que la zurzan! ¡Aún tiene que ver mucho menos...!

Negué con la cabeza como si él pudiese verme.

Y seguí imperturbable:

—Yo tomaba entonces una medicina muy espesa y con color de alquitrán. Junto a mi cania había una alfombra persa que valía mucho. Cierta vez la medicina estuvo a punto de resbalar de entre mis dedos y papá dijo: «Si se cae, manchará la alfombra de tía Marlén».

Sí, eso fue lo que dijo exactamente. Esas mismas palabras.

—Poco importa, diablos. No sé a qué vienen las palabras de un muerto.

—Es que las acabo de oír en un vivo.

—¿Cómo... dices?

Yo estaba medio desfallecida dentro de la cabina. Abrazaba el auricular como si de él pudiese esperar alguna ayuda. Con voz que era apenas un susurro dije:

—Ninguna otra persona podía hablar de la casa de Angers. Ninguna otra persona podía mencionar su color amarillo. Nadie más podía saber que tía Marlén tenía una alfombra muy valiosa y que mi medicina podía mancharla. Eran palabras de mi padre, palabras que sólo él podía pronunciar. Y sin embargo..., ¡se las he oído pronunciar a alguien más! ¡A un tipo llamado Robert y que parecía ser un empleado de Ville Lautien!

Mis últimas palabras habían sido una especie de grito. Noté incluso que algunas personas situadas fuera de la cabina me miraban. Eran gentes tranquilas, que esperaban en la central telefónica y a las que debía sorprender mi expresión angustiada. Alguna vieja debió pensar: «Esa zorra le está explicando a su novio que va a tener un hijo...». El redactor jefe estaba anonadado.

No sé si me creía, pero de pronto musitó:

—Muchacha, tú no estás en situación de seguir ahí. Te encuentras en Le Havre, ¿no?

—En la central telefónica —confirmé.

—Pues bien. Olvídate de tu equipaje. Coge un taxi y haz que te conduzca a París. Yo enviaré a alguien en sustitución tuya.

—Te lo agradezco —musité.

—Ven cuando puedas.

—No —dije con voz débil—. No iré. Ahora ya sabes lo que está ocurriendo, pero yo quiero seguir aquí. Quiero saber por qué mi padre dice cosas después de muerto.

Y colgué.

Apenas tuve fuerzas para elevar el auricular hasta la horquilla.

Luego salí de la cabina como una sonámbula.

CAPÍTULO VII

Tenía que regresar a Ville Lautien de forma que no me viesen entrar, pues todos creían que aún seguía en mi habitación. Y para mi resulta esencial seguir pareciéndoles una buena chica que les mereciese confianza.

Por lo tanto, tomé un taxi y me hice conducir hasta las cercanías de la sombría casa. Por el camino, el conductor me informó de por qué los de su gremio tenían cierta manía a aquel edificio.

—Va poca gente —dijo—. Es un viaje largo y para el que no estamos autorizados a cobrar retomo. Por lo tanto, se pierde dinero. Pero no es esa razón la que hace que nos moleste tanto ir allí. La razón está en lo que le pasó a Nabert.

—¿Qué le pasó a Nabert? —pregunté.

—Verá... El hacía frecuentes servicios a Ville Lautien. Era muy joven, muy fuerte y una gran persona. Había sido campeón de Francia de aficionados en los campeonatos de hace un par de años. Pero como no se puede tener todo, fuerza física e inteligencia, Nabert era un muchacho un poco corto. Sacar el permiso de taxista ya fue para él tan difícil como para otros sacar el título de ingeniero.

—Entiendo, pero ¿qué pasó con él?

—Algunas noches se quedaba a cenar en el hotel, después de traer gente desde el aeropuerto. Parece que allí se enamoró de alguien. No sabemos de quién. Pero el chico andaba como aliado detrás de alguien. Y no comentaba nada con nosotros, a pesar de que los taxistas de sitios no muy grandes nos lo comentamos todo.

—Hasta ahora no veo que la cosa tenga nada de especial —dije con falsa indiferencia, porque todos mis sentidos estaban atentos.

—Claro que no tenía nada de especial —me dijo el conductor, mientras tomaba una de las muchas curvas del bosque—, pero las cosas empezaron a ser extrañas cuando Nabert se quedó unos días

en el hotel. Luego compareció más silencioso que nunca e hizo una cosa extraordinaria.

—¿Qué cosa?

—Se presentó a un concurso de la televisión. Era una especie de concurso para científicos, ¿sabe? Para gente muy preparada. Preguntaban cosas sobre la desintegración del átomo y cosas así, pero expuestas por medio de fórmulas matemáticas. Allí no había camelo. Tanto que sólo se atrevieron a presentarse unos cuantos estudiantes muy adelantados, dos catedráticos y él. Ni que decir tiene que nos mondamos de risa.

—Consideraron que iba a hacer el ridículo, ¿no?

—El ridículo más espantoso. Verá... Era como si yo, que tengo verrugas en las piernas, me presento en bikini para el concurso de *Miss Universo*...

Guardó un momento de silencio.

Las sombras del bosque desfilaban espectralmente ante nosotros, barridas por los haces de luz del coche.

—¿Y...? —musité.

—Bueno, pues... ganó el concurso.

Me estremecí de nuevo.

Todo aquello me seguía pareciendo inexplicable, como si acabara de entrar otra vez de lleno en el campo de la pesadilla.

—¿Hubo trampa? —musité.

—¿Cómo iba a haberla?

—Pues no sé... A veces...

—Uno no escribe de corrido delante de las cámaras fórmulas químicas y matemáticas sin saberlas muy bien —dijo el conductor— y lo curioso era que Nabert las sabía. Todos los que presenciábamos aquella especie de milagro estábamos aterrados, pero el caso era que Nabert las sabía. Para él había resultado complicadísimo aprenderse, por ejemplo, el ciclo del motor de cuatro tiempos. Y en cambio dibujó en la pizarra el esquema de un reactor atómico como si tal cosa.

—¿Qué ha sido de Nabert? —preguté, sintiendo que renacían mis esperanzas de hablar con alguien que pudiera orientarme—. ¿Dónde puedo encontrarle?

—En el cementerio —me dijo el conductor—. Se suicidó.

Me eché hacia atrás en el asiento.

Sentía como si el frío de los árboles del bosque llegara hasta mí.

—¿Por qué se quitó la vida? —dije.

—No lo sabemos. Al día siguiente de ganar aquel concurso, pareció ausentarse y se suicidó. Por eso tenemos cierta manía a Ville Lautien, ¿sabe? A Nabert le trajo mala suerte.

—Dios mío... —pude murmurar apenas.

—¿Qué le pasa?

—Nada. Déjeme aquí.

Estábamos cerca del hotel, pero yo no quería llegar hasta sus mismas puertas. Pagué y me apeé.

Las sombras me rodeaban, pero ya no sentía miedo.

El miedo quizá se lo daba yo a los demás. El miedo parecía proceder de mí misma.

CAPÍTULO VIII

Atravesando el jardín, me introduje en el círculo misterioso de Ville Lautien, mientras procuraba mantenerme alejada de las extrañas luces amarillas. Creo que nadie me vio.

Con las mayores precauciones, llegué hasta el gigantesco abeto y empecé a trepar por él. Me costó mucho.

Ya he dicho que no tengo ninguna práctica en eso de subirme a los árboles. Además, el pensamiento de que yo misma me estaba metiendo en la ratonera me crispaba los nervios y me privaba de mis fuerzas.

Por fin llegué a la altura de mi ventana.

Todo estaba en orden.

Reuní todas mis fuerzas y salté, convencida de que si fallaba, habrían acabado mis preocupaciones para siempre.

Por suerte, conseguí llegar bien hasta el alféizar. Me sujeté con todas mis fuerzas y penetré en la habitación, cuya ventana estaba abierta tal como yo la había dejado.

Pasé al interior.

Suspiré con alivio.

Por fortuna, estaba sola...

Pero algo me dijo que eso no era cierto. El leve crujido a mi espalda me hizo volverme de pronto. Fue entonces cuando vi sus ojos.

Las manos vinieron hacia mí.

La sensación de la muerte llenó mi garganta.

Más tarde he pensado en eso y me he dicho que, en realidad, no tenía nada que temer. La mujer que venía hacia mí no pensaba atacarme, aunque en el primer momento lo pareció. Más bien pienso que necesitaba ayuda. Porque aquella persona era la única en la cual yo podía confiar mientras estuviese en el hotel, o al menos la única que tenía motivos para estar de mi parte.

Lucille, la doncella, me había sujetado por los hombros.

Pero tuve la sensación de que estaba tan asustada como yo.

—¿Por qué ha entrado usted por la ventana? —gimió—. ¿Qué le pasa?

—¿Y a usted? —retruqué—. ¿Cuál es la razón de que esté aquí? ¿Quizá me vigilaba?

—No... Le juro que no. Había venido a arreglar la habitación para cuando usted se acostase. Lo hacemos siempre antes de la cena.

—¿Cómo se siente, Lucille?

—¿Por qué sabe que me llamo Lucille?

—Yo sé muchas cosas de usted. Y por eso le pregunto cómo se siente.

—Perfectamente. ¿Por qué habré de sentirme mal?

Puse con fuerza una mano en su espalda.

Dominó el dolor.

Pero noté que estaba lívida. Su resistencia tenía un límite. Sus dientes rechinaron mientras dejaba de mirarme.

—No trate de disimular —dije.

—¿El... el qué?

—Los latigazos han sido propinados con un cuero bastante plano, pero de todas formas han de dolerle mucho. Si quiere que le diga la verdad, no sé cómo lo aguanta. Está aquí, realizando un trabajo normal, después de haber sufrido un castigo terrible.

—¿De qué castigo habla?

—Puede confiar en mí, Lucille —musité—, y usted lo sabe. Su gesto instintivo ha sido pedirme ayuda. Soy la única persona en la que usted puede confiar, ¿entiende? Me senté en la cama y le invité a que hiciese lo propio. Obedeció con mansedumbre de vaca bretona. Me pareció una gran chica, una gran persona que tenía además una envidiable salud física.

—¿La han golpeado otras veces? —musité.

—Ésta es la segunda. Pero la primera vez no..., no sufrí tanto.

—¿Por qué ha sido?

Entrelazó los dedos nerviosamente. No cabía duda de que estaba terriblemente asustada.

—No puedo decírselo —susurró.

—Está bien. Entonces, hábleme de ellos.

—¿Ellos?

—Hábleme de Lucrecia Lautien. Dígame por qué se finge muerta si en realidad está viva.

—Usted... no ha podido ver a Lucrecia.

No estaba dispuesta a explicarle mi incursión en el sótano, porque el tiempo apremiaba, pero susurré:

—Lo importante es que la he visto. Vamos, hábleme de ella.

—No puedo... ahora.

—¿Pues cuándo?

—He de terminar con las habitaciones del pasillo —musitó—. Si me retrasara, sospecharían. Pero después de la cena nos encontraremos al pie del abeto por el que ha subido usted. Entonces le contaré. Parecía firmemente decidida a hablar.

Me di cuenta que era mi mejor punto de referencia y asentí con un movimiento de cabeza. Aquella muchacha me infundía confianza. Le di dos suaves golpecitos en las manos y le permití que marchara.

Podía haber sido un engaño para retenerme, en el hotel, pero estaba dispuesta a correr el riesgo. Por lo tanto, fumé un cigarrillo mientras esperaba la hora de la cena. Luego me cambié rápidamente.

No puedo negar que confiaba encontrar a mis compañeros. Con ellos en el hotel, todo sería distinto.

Pero no vi a nadie. Al parecer, yo era la única periodista. No obstante, distinguí en el comedor a una serie de personalidades de la ciencia, rostros de esos que aparecen en las revistas especializadas y que un día llegan a alcanzar la fama popular en todo el mundo, como Einstein o Fleming. Me sentía un poco abrumada y por unos instantes incluso me olvidé de mis obsesivas preocupaciones. Para una muchacha amante de la ciencia, como yo, era un privilegio estar allí.

Pierre «ojos-de-muerto» servía la cena en compañía de Lucille y de otro par de auxiliares. Naturalmente que sólo con ver a Pierre ya se me quitaron al instante las ganas de probar bocado. No logré tragar más que un poco de queso.

Esperaba con impaciencia que aquello terminara. Esperaba con ansia la hora de reunirme con Lucille.

Mientras tomaban café y fumaban, algunos de aquellos hombres

de ciencia se pusieron a hablar entre sí. Por supuesto que para ellos también era un privilegio encontrarse juntos.

Me di cuenta de que todos eran viejos. Y era natural. Durante años y años habían estudiado para llegar a una amplitud asombrosa de conocimientos, pero por desgracia el ciclo estaba llegando a su fin. Yo me encontraba rodeada por hombres de sesenta y cinco, de setenta años. Era de suponer que en poco tiempo desaparecerían, y con ellos desaparecería la ciencia.

Por supuesto que quedaban sus libros y quedaban sus alumnos, que continuarían los trabajos, pero no era lo mismo. Al menos el cincuenta por ciento de lo que ellos sabían se perdería, hasta que un alumno llegase a la vejez y supiera todo lo que el maestro había sabido y bastante más. Pero ese alumno también moriría, y se perdería un cincuenta por ciento de su ciencia, aunque con relación al maestro se hubiera adelantado bastante. Ésta era una ley fatal.

No sé por qué pensaba en eso mientras fumaba distraídamente un cigarrillo, procurando calmar mis nervios.

De sobras sabía yo que ése era el lento camino de la ciencia, camino que no se podría modificar jamás. Había que aceptarlo tal cual era, con toda su carga de pesadumbre y de gloria.

Al fin me di cuenta de que el comedor había quedado prácticamente vacío.

Nadie parecía fijarse en mí.

Había llegado la hora de mi cita con Lucille, y por eso me levanté con el gesto indolente del cliente satisfecho que se piensa ir a la cama. Entré en mi cuarto y usé la misma estratagema que la vez anterior. El abeto y yo empezábamos a ser viejos conocidos, aunque ese conocimiento me hubiera desollado las manos.

Llegué abajo.

Pero Lucille no estaba sola.

Dos hombres se encontraban con ella. Dos hombres... y otra mujer.

Lancé un grito al verla, o mejor dicho, quise lanzarlo. Pero el grito no llegó a brotar de mi garganta.

CAPÍTULO IX

Lo vi todo como en una especie de neblina.

A Lucille la tenían sujeta.

Una mano le taponaba fuertemente la boca para que no pudiera gritar. Tampoco parecía poder moverse, a pesar de ser una muchacha tan corpulenta.

El hombre que la sujetaba era el que yo había visto antes en el sótano. Era el fulano de la barbita, el bien vestido, el que tenía un cierto aspecto de caballero de otra época.

Ahora ya no reía silenciosamente, sino que sus ojos me miraban con un frío odio.

El hombre que le acompañaba era Pierre.

Éste mantenía sujeta a Lucille con todas sus fuerzas, que no debían ser pocas, porque la muchacha no podía moverse.

Y, por fin, estaba allí Lucrecia Lautien.

La mujer del sótano.

La presunta muerta.

Nunca olvidaré el vestido que llevaba Lucrecia Lautien, el cual la hacía confundirse con las sombras de la noche. Estábamos muy lejos de las luces, pero además, con aquel vestido, resultaba imposible que la distinguiera nadie. Sus formas turbadoras estaban magníficamente modeladas. Para ser una «muerta», Lucrecia podía presentarse perfectamente a un concurso de «*miss* Francia». Y no hubiese salido malparada, qué cuerno.

Me puso algo en el cuello.

Noté que era una elegante daga florentina.

—Si dices una sola palabra en voz alta te mataré aquí mismo, perra —masculló con los músculos tensos.

No me atreví, porque supe que era capaz de cumplir su promesa. Pascal me cacheó entonces, deteniéndose mucho más de lo necesario al palpar mis formas. Lo que se dice mal, no debí

parecerle, porque se entretuvo mucho en aquello. Al fin pareció convencerse de que yo no tenía más arma que mi sexo, y esa clase de cacharro con espoleta retardada no puede usarlo una siempre que le parece.

—¿Te habías citado con Lucille? —me preguntó Lucrecia.

—Sí.

—¿Para qué?

—Quería hablar con ella —dije.

—Muy bien. ¿Pero de qué?

Mis propios pensamientos me aterrorizaban, pero yo tenía que salvarme a mí misma y tenía que salvar también a aquella pobre muchacha. Si llegaban a convencerse de que iba a contarme todo lo que sabía, acabarían sin duda con ella.

—¿De qué ibais a hablar? —insistió Lucrecia.

Yo misma me sentía aterrorizada. Lucrecia se había mostrado ante mí, y eso significaba probablemente que no me dejaría hablar. Sencillamente, yo había pasado a engrosar ese reducido círculo de personas que saben demasiado para seguir moviéndose en este mundo.

Pero logré dominarme.

Incluso sonreí.

No sé de dónde demonios saqué aquella expresión perversa.

—¿De veras quiere saberlo? —pregunté.

—Claro...

—Ella es una gran muchacha —dije—. Muy joven, muy fuerte, muy... —¿Y eso qué tiene que ver?

—Claro que tiene que ver —dije—. A mí no me gustan los hombres.

Ya estaba dicho. No sé cómo demonios se me podía haber ocurrido aquella mentira, pero me parecía que no había otro modo de que mi cita con Lucille pudiese tener un giro completamente al margen de lo que ocurría en el hotel. Y debieron creermelo, porque Lucille me miró con una expresión socarrona.

—Condenada puerca —dijo.

—Si tanto se lo parezco, ¿por qué no me denuncia a la policía?

—Lucille es menor de edad.

—Razón de más...

Noté que Lucía estaba irritada porque había creído en mis

palabras, pero los otros dos no cayeron en la trampa. Pascal clavó en mí una mirada absolutamente burlona.

—Tú eres una mujer normal —dijo—. Quizá seas una zorra, pero eres una mujer normal. No has citado a Lucille por eso.

Y me golpeó con todas sus fuerzas.

Era un tipo que pegaba fuerte.

Recibí el impacto en plena mandíbula y caí hacia atrás. Por unos momentos mis ojos se nublaron. De pronto pasé a ser un boxeador al borde del K.O. Cuando empecé a recobrarme, tenía otra vez junto al cuello la daga florentina.

Pascal dijo:

—Levántate.

Lo hice.

—Abrázate al árbol.

También obedecí porque no me quedaba otro remedio. Mis brazos casi no abarcaban el enorme abeto. Y mis manos quedaron al otro lado, de forma que no podía verlas.

Pensé que iban a atarme.

Pero no.

Lo único que noté fue un pinchazo. Me habían hundido con maestría y rapidez una aguja hipodérmica en una vena de la muñeca izquierda.

«Morfina», pensé.

Pero me convencí en seguida de que no. Era algo más fuerte aún. Seguramente se trataba del curare, el extracto de veneno indio que se emplea en cirugía para las anestесias.

Pronto todo dejó de tener importancia para mí.

Pronto perdí el mundo de vista en una especie de sueño que era casi delicioso.

CAPÍTULO X

Recobré el uso de mis sentidos, al menos en parte, cuando me llevaban en volandas a través de una parte del bosque. De una forma confusa noté que me llevaban a un edificio, el cual yo había visto antes, pero de una forma muy remota, como si lo hubiese visto en alguna vida anterior.

Distinguí confusamente la placa: «Almacén de...».

Mis recuerdos se concretaron un poco. Era aquella especie de pabellón aislado cerca del hotel. Era el sitio en el que había sido introducido Clipperton, al que daban aquel extraño nombre de «Gier».

El pánico me dominó.

Supé que aquél podía ser mi último camino.

Pero hasta cuando uno está medio inconsciente funcionan los resortes secretos del cerebro. Algo me dijo que no me convenía chillar, porque los acontecimientos podían precipitarse. Si intentaba llamar la atención de alguien, quizá me matarían allí mismo.

De modo que me estuve quieta y con los miembros flácidos, como si estuviera sin sentido, pero fijándome atentamente en todo lo que me rodeaba.

Intentaré explicar lo que vi.

Aquello era realmente un almacén donde se apilaban víveres de todas clases, pero más allá había una puerta y un montacargas. Fui introducida en él.

El montacargas descendió dos pisos. Me di cuenta confusamente de que sólo uno de ellos debía existir de una forma oficial. El otro era sin duda un sótano secreto.

Todo cambiaba allí.

Había potentes luces de mercurio.

Un auténtico laboratorio.

Mesas, probetas, salas de análisis, un quirófano absolutamente

perfecto, sin un solo detalle que echar en falta...

Era como un mundo absolutamente distinto, que parecía increíble junto al bosque y la antigua casa señorial de los Lautien.

Mi cerebro funcionaba muy bien, aunque yo fingía seguir sin sentido y me dejaba transportar.

Me di cuenta de que el aire era acondicionado.

Las paredes, tapizadas de fibra de vidrio, no dejaban filtrar ningún sonido del exterior.

Me tendieron en una mesa muy dura.

Y entonces alguien se acercó a mí. Su rostro se inclinó sobre el mío, de forma que lo tuve muy cerca.

Y lo reconocí. Aquel rostro lo había visto yo en una ocasión macabra para mi vida. Aquel rostro lo había visto yo por primera vez la noche en que murió mi padre.

No pude más. Lancé un gemido.

Pero lo interpretaron como una cosa natural. Alguien dijo lentamente a mi derecha:

—Está muy excitada. Creo que habrá que aumentar la dosis de curare.

Mi cerebro hervía.

«¿La dosis de curare? ¿Para qué? ¿Qué pensaban hacer conmigo?».

Pero mantuve la serenidad con un esfuerzo que creo que nunca más seré capaz de realizar. Porque el rostro que estaba inclinado sobre el mío lo conocía muy bien, y estaba dispuesta a observarlo. Sabía que mientras me fingiese del todo indefensa, no me atacarían de nuevo.

Aquella cara era la del doctor Blanchard. A lo largo de este relato creo que lo he mencionado al menos una vez. Cuando murió mi padre a causa de aquella ingestión de barbitúricos que yo nunca he creído casual, lo llevaron a la Morgue para hacerle la autopsia, y de esa labor se encargó el doctor Blanchard. No hubo entonces en él nada que me llamase la atención.

Pero entonces, ¿por qué estaba allí? ¿Qué quería?

Vestía una bata blanca. Daba la sensación de que iba a realizar una operación.

¿O una autopsia?

El pensamiento me aterrorizó. Si en ese momento no me moví

fue porque me sentí completamente incapaz de hacerlo. Una abrumadora sensación de impotencia se apoderó de mis músculos.

El doctor Blanchard musitó:

—Habrà que tranquilizarla.

Sin que me diese cuenta me inyectaron algo en una vena. No era curare otra vez, pues de lo contrario hubiera perdido el sentido completamente. Por el contrario, sentí que mis músculos se relajaban y que era incapaz de salir de allí, pero mi cerebro siguió funcionando a la perfección. Tuve la sensación de que era justamente el cerebro lo que querían preservar de todo daño.

Después de aquella inyección dejé de sentir la menor inquietud. Todo mi miedo se desvaneció.

Me encontraba en un estado de tranquilidad total, como si me hubieran administrado alguna suave droga.

Mis ojos muy abiertos rodaron por aquella especie de quirófano en que me encontraba prisionera.

Y entonces distinguí aquellas dos fotografías en la pared.

Fue algo que sacudió hasta las fibras más sensibles de mi ser.

Lancé un gemido.

CAPÍTULO XI

Las fotografías estaban colocadas en la pared y eran en realidad grandes diapositivas iluminadas por detrás, como las que se emplean en publicidad. Usted ha visto anunciados sin duda muebles, electrodomésticos y demás por ese procedimiento. Pues bien, allí había dos rostros, ambos de frente y de perfil, y los dos con una serie de medidas bien graduadas que estaban anotadas al margen de las fotografías. Sin duda se trataba de las medidas antropométricas, rigurosamente exactas, de las dos cabezas.

Pero no fue eso lo que me inquietó, porque había ya pocas cosas que pudieran inquietarme, después de lo que me estaba ocurriendo. Si lancé un gemido fue porque yo conocía a aquellos dos hombres.

Los dos habían tenido una notable influencia en mi vida. Si Serge era para mí el hombre del que estuve enamorada, si Serge era el deportista despreocupado, atlético, viril —quizá demasiado viril— por el que yo hubiera hecho cualquier cosa, Claude era el hombre reflexivo, inteligente, bueno, de cuyo carácter me hubiese podido enamorar sin esfuerzo.

Casi siempre ocurren esas cosas en la vida. Muchos lo llamaban «la teoría de la cadena». Tú estás enamorada de un hombre que no te hace caso; detrás tuyo hay un hombre que está enamorado de ti y al que ni siquiera miras.

Eso me ocurría con Serge y con Claude. Serge, al que había entrevistado un par de veces para *France Soir*, era el hombre capaz de enloquecerme y por el que hubiera hecho cualquier cosa que me pidiese. Pero mi instinto me decía que él jamás amaría a una mujer y que sólo se aprovecharía de sus debilidades pasajeras para darse la gran vida.

Claude resultaba del todo distinto. Era responsable, sensato, sentimental. La lástima era que tuviese un físico tan desmedrado. Fue mi profesor de matemáticas cuando vivía mi padre, y puedo

asegurar que se trataba de un verdadero genio. Basándose en pocos datos, realizaba cálculos de probabilidades que ni una computadora podía hacer.

Por ejemplo, si usted le daba un hombre con una maleta cargada de oro que quisiera esconder en algún sitio, y a ese hombre lo situaba en la estación del Norte de París, Claude le calcularía qué probabilidades había de que ese hombre tomara un tren y no otro, de que se detuviera en una ciudad y no en otra, de que escondiera su maleta en determinado paraje y no en otro distinto. Para Claude, la conducta humana se reduce a un mero juego de probabilidades, y si a él se le daban unos pocos datos era capaz de reconstruir la historia de alguien a quien jamás había visto.

La policía le había empleado un par de veces para dar con botines escondidos por los ladrones, y siempre los halló. Últimamente estaba buscando por su cuenta un tesoro enterrado por los SS alemanes a su retirada de Francia, pero esa empresa resultó demasiado difícil, por falta de datos. Ignoro qué resultados obtendría Claude, porque yo dejé de verle.

El caso era que yo me encontraba allí, por lo que me pareció un capricho diabólico del destino, con los dos hombres que sentimentalmente habían significado algo en mi vida: Serge, de cuyo cuerpo estaba locamente enamorada. Y Claude, cuyo carácter hubiese dado un sentido a mi vida.

¿Pero por qué los habían puesto juntos allí? ¿Qué significaba eso?

El doctor Blanchard siguió la dirección de mi mirada.

—Parece que le llaman la atención —dijo—. Ni que los conociese...

En aquel momento dos personas más aparecieron en mi campo visual. Una era Lucrecia Lautien, que seguía vistiendo tan provocativamente como de costumbre. La otra persona era el joven de los cabellos largos que respondía al nombre de Robert, y cuyas dos frases —en otro tiempo pronunciadas por mi padre— me habían hecho perder el mundo de vista ya una vez.

Lucrecia alzó una pierna y apoyó el zapato tranquilamente en el borde de la mesa en que yo estaba tendida. Recuerdo que hizo una exhibición de piernas auténticamente memorable. Había que ver qué «extremidades inferiores» tenía aquella damisela. Pese a ser yo

una mujer, hube de reconocerlo.

Noté también que ejercía una gran influencia sobre aquellos hombres, en especial sobre el doctor Blanchard. A éste se le iban los ojos mirándola. Creo que precisamente el aspecto desdeñoso de Lucrecia, quien parecía estar por encima de todos, le enloquecía. Ella musitó:

—¿Conforme?

—Sí. La he observado mientras cenaba. Está prácticamente en ayunas. Su tensión es perfecta y sus reflejos también. No habrá problemas. Me estremecí de nuevo. «¿Problemas para qué?». Lucrecia insistió:

—¿Y las medidas antropométricas?

—Ya se las tomamos antes basándonos en fotografías muy perfectas —explicó Blanchard—. Durante dos meses, la hemos fotografiado desde todos los ángulos posibles.

—¿También son perfectas las medidas antropométricas de Lucille?

—Perfectas —respondió Blanchard.

—¿Encaja todo?

—Sí.

Dejaron de prestarme atención. Yo estaba inmovilizada por la droga y sabían que no crearía problemas.

Pero mis nervios seguían vibrando y mi cerebro funcionaba aún con toda nitidez. Giré la cabeza y vi entonces que entraban a alguien.

Chirriaron mis dientes.

Apenas podía cerrar las mandíbulas y la tensión de mis músculos empezaba a causar un dolor insoportable.

La persona a la que entraban era Lucille. Estaba inerte en una camilla y la habían desnudado completamente. Pero ni siquiera se habían molestado en cubrir con una sábana aquel cuerpo que reflejaba una salud perfecta.

La situaron muy cerca de donde yo estaba.

—¿Habéis examinado con todo cuidado a Lucille?

—Naturalmente que sí —dijo Blanchard, sin apartar los ojos de las piernas de la excitante mujer.

—¿No ha comido nada?

—No. También está en ayunas.

—Volvamos a repasar el asunto —dijo Lucrecia con voz tranquila—. ¿Cuál era el defecto físico de la señorita Norton?

La señorita Norton, como ustedes saben, soy yo. Tuve la sensación de que brincaba al oír mi nombre, pero fue una sensación falsa. Lo cierto es que ni siquiera pude mover un dedo.

—No tiene ningún defecto físico —murmuró Blanchard—. Su salud es perfecta. Pero conocí muy bien a su padre y he estudiado perfectamente la constitución física de esta muchacha. Su vida probable es de unos setenta años, o sea, perfectamente normal.

«Setenta años... —pensé—. Entonces, ¿es que no piensan matarme?».

Las voces llegaban nuevamente a mí con una tranquilidad glacial, con una especie de asepsia.

—Pero la vida probable de Lucille —siguió el doctor Blanchard— es realmente extraordinaria. Por su constitución, por sus antecedentes familiares y por su salud extraordinaria, le he calculado una edad probable de cien años. Eso significa treinta años de ventaja sobre lo que puede ofreceremos la Norton. «Dios mío... —pensé—. ¿Pero qué puedo ofrecerles yo...?». El doctor Blanchard continuó:

—Treinta años de trabajo, con la ayuda de las computadoras que se irán creando, significa un adelanto de un siglo.

—Pero el cerebro —opuso Lucrecia Lautien— ¿recibiría el riego suficiente para poder trabajar a pleno rendimiento?

—Las otras experiencias —dijo Blanchard— nos han demostrado que sí. Los cerebros han seguido trabajando como cuando estaban en sus lugares de origen. Creo que mi sistema es sencillamente perfecto. No se producirá la menor anormalidad.

Y puso las manos encima de mi cuerpo.

Eran unas manos cálidas, ligeramente ansiosas.

Pero no quería obtener conmigo una satisfacción sexual, aunque fuera muy limitada. Estaba calculando el rendimiento que iba a dar mi cuerpo en la mesa de operaciones. Me estaba tomando medidas, por decirlo así, antes de la terrible prueba.

Y entonces me di cuenta, *por fin*, de lo que aquello significaba. Entonces supe lo que iba a ocurrir conmigo. Lancé un grito lacerante que no llegó a atravesar las paredes de aquel infierno.

CAPÍTULO XII

Dicen que los que se ahogan ven desfilar en unos momentos, como en veloces relampagueos, todo lo que ha sido su vida, y dicen también que algunos drogados, como los que emplean LSD, han conseguido resumir en unos instantes largos años de su existencia, pero recordándolos con todo detalle, como si esos años volvieran a desfilar otra vez lentamente por su piel y por sus huesos.

¿Qué es realmente el tiempo? ¿No es, en parte, fruto de una sensación?

¿Y esa sensación no puede ser artificialmente cambiada o provocada?

Algo así me debió ocurrir a mí en ese momento, porque me di cuenta de todo con mágica claridad. Porque sólo en un instante, en un breve chispazo, resumí toda la verdad de aquel miserable asunto.

Lo vi con tanta nitidez que tuve que lanzar un nuevo grito.

Las verdades chocaron contra mí como balas que penetran en mi cerebro una tras otra.

Primera verdad: mi padre había sido asesinado.

Segunda verdad: Blanchard, en la autopsia, le había extraído el cerebro.

Tercera verdad: él cerebro de mi padre lo tenía ahora Robert.

Cuarta verdad: Antes habían hecho delicadísimos ensayos, como por ejemplo el trasplante de los ojos del matemático Leonard al criado Pierre.

Esas cuatro verdades daban la base a todo lo demás.

Yo seguía pensando como una alucinada.

Veía cuál era el secreto: un cerebro humano que esté especialmente preparado para la ciencia (como por ejemplo el de mi padre y el mío), tarda una serie de años —casi treinta— en asimilar lo que sabían los maestros que vivieron antes que él.

Treinta años es lo que necesita, como mínimo, un cerebro muy bien preparado para llegar a saber lo que supo Einstein y seguir las investigaciones a partir del punto en que él las dejó.

Desde los treinta años hasta la muerte, al hombre o mujer poseedora de ese cerebro les queda un tiempo forzosamente limitado para ser realmente productivos. Porque el cerebro puede conservar su vigor muchas veces hasta la vejez, pero el resto del cuerpo va desmoronándose y acaba en la muerte. Por lo tanto, a un sabio que hubiera terminado su aprendizaje a los treinta años, disponía de unos treinta y cinco o como máximo cuarenta años más para desarrollar su propia tarea.

No demasiado tiempo.

¿Pero qué pasaba si el cerebro de ese hombre de sesenta años era situado en el cuerpo de un hombre de treinta? Pues, sencillamente, que se ganaban treinta años. Aquel cerebro que hubiese debido desaparecer a los setenta años por ejemplo, trabajaba hasta los cien.

Tal debía ser la razón de que a mi padre le hubieran extraído el cerebro inmediatamente después de muerto, para transplantárselo a Robert, mucho más joven, y que tras un período de adaptación a su nueva vida, llegaría a ser un científico envidiable.

Tal podía ser la razón de que al periodista Clipperton, un especialista en cuestiones científicas, le hubieran extraído el cerebro para situarlo en el cuerpo de Gier, al que yo no conocía, pero que sin duda debía ser mucho más fuerte y más joven. En cambio Clipperton tenía ya el cerebro primario de Gier, y por eso le habían llamado con ese nombre.

¿Razón? Muy sencilla: Clipperton tenía un cáncer de pulmón. Su cerebro iba a desaparecer pronto. En cambio, lo habían hecho vivir en el cuerpo de Gier, que sin duda tenía una salud a toda prueba.

E igual iba a pasar conmigo.

A mí me habían calculado una vida probable de setenta años.

A Lucille una vida de cien.

Por lo tanto, y desde su punto de vista, era «rentable» trasplantar mi cerebro, que debían considerar de primera categoría, a un cuerpo donde pudiese durar mucho más.

El pensamiento me horrorizó.

Era posible incluso que algunos científicos se hubieran sometido

voluntariamente a aquel trasplante, porque así lograban que su cerebro —es decir, todo cuanto pensaban, sentían y sabían— «durara más». El pensamiento es algo que nunca quiere detenerse, y a ciertas edades poco le importa estar envuelto por un cuerpo alto o bajo, guapo o feo, con tal de seguir palpitando sobre la tierra.

Pero mi caso era distinto.

¡Yo no...!

¡Yo no quería «sentirme» en el cuerpo de otra mujer!

Lancé un nuevo grito que a mí me sonó desgarrador, aunque tal vez no lo fuese tanto.

Había comprendido la terrible verdad.

¡Y estaba dispuesta a luchar con todas mis fuerzas, a luchar como fuera!

¡No quería sufrir lo mismo que Norbert, el taxista, quien adquirió un cerebro de primera clase, ganó un espectacular concurso en la televisión y luego se suicidó porque no podía soportar a aquel otro «hombre extraño» que vivía con él!

Blanchard me sujetó con fuerza.

—Se está poniendo difícil —dijo—. Habrá que hacer algo.

—¿Otra inyección? —preguntó Lucrecia.

—No sé... Es una muchacha inteligente. Quizá se haya dado cuenta de todo.

—¿Pero no estaba su pensamiento anulado?

—Eso nunca se puede saber —dijo Blanchard—. Las drogas no causan los mismos efectos en unas personas que en otras.

Me sujetaron entre varios.

Lucrecia Lautien murmuró:

—También Lucille se puso difícil. También a ella hubo que «escarmentarla» para que no escapase.

—Pero esta mujer es distinta —dijo Blanchard—. Sería una locura golpearla antes de la operación.

—¿Qué vas a hacer?

—Anestesiarla, sencillamente. No debemos complicarnos la vida. Dentro de unos segundos habrá dejado de crearnos problemas.

Y, mientras los demás me sujetaban con todas sus fuerzas, él llenó con movimientos expertos una jeringuilla.

Me debatí.

Las energías iban volviendo a mí a causa de la desesperación, a

pesar de la dosis de droga que me habían suministrado.

Pero sabía que dentro de unos instantes estaría todo perdido. En cuanto me inyectasen aquello en la vena, dejaría de luchar. Y cuando despertase..., ¡sería demasiado tarde!

¡Todo se habría consumado!

¡Yo me habría convertido en «otra» mujer!

Al cabo de unos días mi cuerpo volvería al *France Soir*, pero siendo incapaz de escribir una sola línea. Mis compañeros me lo perdonarían, al principio, luego se intranquilizarían y me llevarían a un psiquiatra, hasta que al fin quizá se harían a la idea de que convenía tenerme en observación en un manicomio...

Todo aquel panorama horrible me dio nuevas fuerzas, pero no pude moverme a causa del rigor con que me sujetaban.

¿Qué costumbres tendría por otra parte el cuerpo de Lucille? ¿Qué deseos secretos? ¿Me amoldaría a ellos? ¿O acabaría despreciando la otra parte de mi ser, hasta llevarme al suicidio?

Miré con ojos desenchajados a los que me estaban sujetando.

Una de esas personas era Lucrecia.

La otra Pascal, el de la barbita.

Y también me sujetaba Robert.

¿Pero qué vi en los ojos de éste? ¿Por qué me parecieron completamente distintos a los ojos de los demás?

¿Había piedad en ellos?

¿Me comprendía?

Por eso, de una manera instintiva, clavé mi mirada exclusivamente en aquellos ojos. Por eso susurré:

—Por favor...

Y entonces tuve aquella sensación quizá completamente absurda, pero que en ese momento me pareció maravillosa.

El que me estaba mirando a través de aquellos ojos... ¡era mi propio padre!

¡El único hombre del mundo, además de Claude, dispuesto a hacer cualquier cosa por mí!

Blanchard decía en este momento:

—Acercarme su brazo izquierdo.

Ya tenía el inyectable preparado.

Lo acercó.

Y en ese momento, Robert movió la mano derecha. Le propinó

un golpe tan terrible en el pecho, que Blanchard cayó hacia atrás con las facciones desencajadas. No era un hombre fuerte ni esperaba aquello.

Mientras rodaba por el suelo, la jeringuilla cayó y se hizo pedazos.

Robert balbució:

—¡Malditos...!

Lucrecia y Pascal le miraron asombrados. En el primer momento no comprendieron. Luego Pascal, como única explicación posible, gritó:

—¡Se ha vuelto loco!

Ninguno de los dos recordó en aquel momento que Robert pensaba y sentía según el cerebro de mi padre. No se dieron cuenta de algo que debieron haber previsto.

Blanchard sí.

El fue el único.

—¡Nunca debimos permitir a Robert entrar aquí...! *¡Cuidado!* — masculló.

Yo estaba saltando de la mesa del quirófano. Como los efectos de la droga se diluían y la desesperación me daba fuerzas, disponía de un vigor que ninguno de aquellos malditos esperaban.

Iba completamente vestida aún.

Por lo tanto, disponía de mis zapatos.

Clavé la punta de uno de ellos en el bajo vientre de Pascal y le vi saltar hacia atrás con el dolor reflejado en su rostro.

A Lucrecia Lautien le clavé el tacón en el pecho izquierdo.

Para las mujeres, ése es un punto particularmente doloroso.

Pero el golpe no produjo el efecto casi fulminante que le había producido a Pascal. Lucrecia Lautien lanzó un grito de rabia y vino de nuevo hacia mí, mientras sacaba su daga florentina.

En otras circunstancias quizá me hubiera sentido horrorizada.

Pero ahora la desesperación me daba fuerzas. Y me daba cuenta de que sólo me matarían en última instancia; por el momento yo les interesaba viva.

Esquivé el golpe con el que trató de herirme en un brazo y rodé por tierra. Todo aquello me seguía pareciendo irreal, como si le ocurriese a otra mujer. Una mesa en la que había varias probetas con líquidos rodó por el suelo con terrible estruendo.

Salté.

No sabía adónde iba, pero en algún lugar tenía que estar la salida y yo necesitaba encontrarla. Mis ojos distinguieron entonces la larga serie de botellas que ocupaban uno de los anaqueles del laboratorio.

Había allí productos químicos de todas clases, desde la simple agua oxigenada al aldehído fórmico.

Pero me fijé especialmente en una botella. La etiqueta, igual que las otras, decía en letras pequeñas: ácido sulfúrico.

El vitriolo es un arma, terrible. Lanzado sobre la cara de alguien le puede destrozar totalmente. Puede dejarle ciego.

Y era lo único de que disponía en aquel momento, de modo que sujeté la botella. Me volví hacía alguien que venía hacia mí.

Oí un grito.

Se trataba de alguien a quien no había visto nunca. Sin duda un sicario a sueldo que tenían allí para guardar el orden.

Era un hombre de casi dos metros de estatura, y yo hubiera resultado un juguete en sus manos. De modo que le rompí la botella en plena cara.

Escuché un alarido estremecedor.

Aquel hombre cayó de rodillas.

Se llevó las manos a la cara, que debía abrasarle como si la hubieran rociado con fuego. Pascal había sacado una pistola, porque sin duda estaba dispuesto a terminar como fuese, pero alguien saltó entonces sobre él. Alguien le dio un salvaje golpe en la muñeca derecha.

Mis ojos seguían desencajados.

Barboté:

—¡Robert!

En realidad debí llamarle de otro modo, porque el que trataba de defenderme no era Robert, sino mi propio padre. Me di cuenta confusamente de que haría cualquier cosa, de que moriría por mí si era necesario.

Pascal y él se enzarzaron en una feroz pelea, mientras yo buscaba la puerta. Blanchard estaba inutilizado por el momento. Lucrecia trataba de ayudar a Pascal y el hombre que había tratado de inmovilizarme se frotaba los ojos desesperadamente, sin dejar de gemir.

Por el momento tenía el camino libre, mientras Robert me defendiese.

Avancé tambaleándome.

Todo estaba cubierto de sombras. Los objetos vacilaban ante mis ojos, como si se movieran. No podía darme cuenta de que la que vacilaba era yo.

Por fin encontré la salida. Fui egoísta, puesto que no pensé en Robert, que me estaba defendiendo. Pero la verdad es que no me quedaban fuerzas para nada, excepto para huir.

De pronto encontré el montacargas.

Entré en él ansiosamente. Pulsé el botón. Apenas medio minuto después me encontraba en la parte externa del almacén.

El aire me dio en la cara.

Corrí ansiosamente hacia el bosque, hacia la libertad, hacía algo que estuviera lejos de aquel infierno.

No me di cuenta de que otros ojos me miraban.

Fui incapaz de comprender que alguien estaba viniendo hacia mí.

CAPÍTULO XIII

Los brazos me detuvieron de pronto.

Choqué contra algo duro como una roca, pero al mismo tiempo flexible. Tardé un tiempo absurdamente largo en darme cuenta de que aquello era el pecho de un hombre atlético y más alto que yo.

Miré hacia su cara.

—Serge...

Mi voz fue apenas un susurro. Estaba tan asombrada que no podía darme cuenta de la realidad. Incluso me parecía que Serge no podía ser el hombre que en aquellos momentos tenía delante.

Sus brazos atléticos, largos, me sostuvieron como si yo fuera una pluma. La verdad es que creo recordar que caí. Mis piernas ya no resistían más.

Serge musitó:

—¿Qué te pasa?

—Por favor, sácame de aquí...

—Claro que voy a hacerlo... ¿Puedes andar?

—No muy bien. Me fallan las piernas.

—Das la sensación de estar drogada.

—Es que me han drogado —musité—. No sé con qué lo han hecho, pero durante largo rato no he sido dueña de mí misma. Y ahora sácame de aquí. Por Dios ¡sácame de aquí!

Me alzó casi al vuelo y avanzamos a lo largo del bosque. No le hice ninguna pregunta porque no podía hablar, al fallar del todo mis fuerzas después de la tensión anterior. Y además me sentía maravillosamente segura junto a él, como si nada malo pudiera ocurrirme. No me atrevía a turbar ni con mis palabras aquella sensación de paz, aquel tranquilo silencio.

Nos alejábamos de Ville Lautien, y eso me tranquilizó. Noté que salíamos a la carretera. Vi un coche detenido cerca.

Era un viejo «Peugeot».

No supe en aquel momento por qué, pero me pareció que aquello no encajaba con Serge. Si el coche era suyo, resultaba extraño. Y si no era suyo, ¿no se trataría quizá de una trampa?

—¿Lo conduces tú? —musité.

—Claro...

—Parece de otra persona.

—¿Por qué?

—Tú siempre has usado coches deslumbrantes. Tienes manía con eso. El último que pilotabas era un «Ferrari».

—Qué tontería —musitó él—. Un «Ferrari»... Nadie dice que no sean buenos, pero me parecen para gente «*snob*».

No supe contestarle porque al fin y al cabo aquél era un aspecto secundario que no me interesaba. Nos metimos los dos en el vehículo y él arrancó. Lo hizo sin demasiada maestría, ésa es la verdad. Tenía que estar nervioso.

—¿Llevas tiempo sin conducir?

—Oh, no...

—Pues parece como si te fallara algo...

—Quizá estoy cansado —dijo él—. Sí, eso es... Cansado.

Descendimos por la serpenteante carretera y comprendí que nos dirigíamos a Le Havre. De pronto todo me pareció increíblemente maravilloso.

No damos valor a la vida hasta que estamos cerca de perderla. Yo había pasado de una experiencia terrible a una libertad casi absoluta. Si junto a algún hombre me sentía segura, ese hombre era Serge. Y ahora lo tenía junto a mí...

—Llévame a la policía —dije.

—¿Para qué?

—Quiero hacer una denuncia, naturalmente.

—¿Sobre qué cosa?

Le miré con sorpresa, como si no acabara de comprenderle.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Es que aún no te has dado cuenta de lo sucedido, Serge?

—He visto que huías, pero no conozco la razón.

—Pues...

—Espera. Creo que antes de tomar una decisión me lo puedes explicar todo. A la izquierda tenemos un sitio donde podrás tomar algo. Creo que lo necesitas.

En efecto, a un lado de la carretera se iniciaba un sendero terminado en un bar de luces discretas. Aquello, sin estar en la ciudad, pertenecía a ella. Debía ser un lugar de reunión para jóvenes parejas que buscaban un lugar discreto. O quizá un sitio para que los jefes y las secretarias, los pobres, siguieran hablando de su trabajo.

Mis pensamientos se aclaraban progresivamente y cada vez me sentía mejor. Cuando bebí un coñac doble en una mesa apartada que eligió Serge, tuve la sensación de que la crisis ya había sido del todo vencida.

—¿Por qué no me lo cuentas? —musitó.

—¿Vas a creerme?

—Si no confío en ti, ¿en quién puedo confiar?

—Gracias, Serge.

—¿Necesitas beber un poco más?

—No, gracias. Dame un cigarrillo.

Mientras veía las volutas del humo evolucionar ante mí, le expliqué todo lo ocurrido. No le oculté ni un detalle. Comencé mi relato desde el momento en que me llamó a su despacho el redactor jefe de *France Soir* hasta que logré salir del montacargas.

El me escuchaba en absoluto silencio.

Su rostro, que en otras circunstancias me había parecido tan expresivo, era ahora como el rostro de un hombre dormido.

—¿Es eso lo que has pensado? —susurró al fin—. ¿Que tratan de implantar cerebros maduros en cuerpos muy jóvenes para que esos cerebros «duren» más?

—No tratan de hacerlo. *Lo hacen*.

—Pero hay mil factores a tener en cuenta... Por ejemplo una deficiente circulación puede dañar de una forma irremediable el cerebro que tratan de hacer sobrevivir.

—Supongo que lo tienen todo en cuenta. Blanchard, a su manera, es un genio. Lo ha demostrado bien.

—Las células de ese cerebro también envejecerán... Si en su cuerpo primitivo tenía que vivir treinta años, no creo que en otro cuerpo viva más.

—Es razonable lo que dices —musité—, y supongo que se trata de un ensayo cuyo verdadero alcance aún ignoran, puesto que no ha pasado el tiempo suficiente para que puedan comprobarlo. Pero

no parece arriesgado suponer que una irrigación de sangre nueva sobre un cerebro ya gastado le aporte nuevos elementos y lo regenere. Claro que eso no le da una vida indefinida, pero tampoco es arriesgado suponer que le permitirá subsistir en su nuevo cuerpo, y además a pleno rendimiento, todo lo que ese nuevo cuerpo subsista.

Me di cuenta de que me comprendía. Quizá mi relato, en el primer momento, le pareció absolutamente fantástico pero luego fue entrando en él. Cuando hube terminado, dejó maquinalmente los restos del cigarrillo que hasta entonces había mantenido en sus labios.

—Es a la vez admirable y monstruoso —bisbiseó—. Sobre todo monstruoso. Es de suponer que habrán cometido muchos crímenes para llegar a la perfección actual. Es de suponer también que algunos cuerpos «inservibles» serán eliminados. Por ejemplo tu cerebro lo hubieran trasplantado al cuerpo de Lucille, pero tu cuerpo con el cerebro de una criada quizá no tuviera el menor interés para ellos. Es posible que, en lugar de dejarte volver a *France-Soir* como una sonámbula, te hubiesen eliminado.

Me estremecí.

—Sí —dije—. Es más que posible.

—¿Insistes en que vayamos a la policía?

—Cuanto antes —dije con vehemencia—. ¿Por qué preguntas eso? ¿Es que aún dudas de que la policía debe intervenir?

—No. Es que pensaba en Robert, el hombre que te ha «visto» con el cerebro de tu padre —murmuró Serge.

—Yo también pienso en él. Y lo que trato de hacer es salvarle como él me ha salvado a mí. Por cierto que en el periódico me pidieron que no avisase a la policía, porque estaba ante una noticia exclusiva, pero las cosas ya han llegado demasiado lejos.

Serge preguntó reflexivamente:

—El único que en estos momentos está contra ellos es Robert, ¿no?

—Sí. Porque los odia al saber que querían hacer algún daño *a su hija*.

—Por lo tanto es el único que podría declarar sobre las verdaderas actividades de esa gente. Date cuenta de que, en apariencia, no han hecho nada malo. Tienen una especie de

laboratorio secreto, ¿y qué? En apariencia nadie ha muerto. La policía no tiene por qué saber quién posee el cerebro de quién. Eso es imposible. Sólo dos personas podrían explicarlo todo si hablasen, y esas dos personas son Lucille y Robert. Por tanto...

Se interrumpió. Yo le miraba con ansiedad reflejada en mi rostro.

—¿Por lo tanto qué?... —musité.

—Me temo que los hicieran desaparecer al ver llegar a la policía. Hay bastantes medios para conseguir una cosa así sin dejar huellas.

—Comprendo que tienes razón —dije con un hilo de voz—. Si la policía obrara con absoluta discreción se podría incluso atraparles por sorpresa, pero la policía no obra con absoluta discreción casi nunca. Entonces, si no queremos poner en peligro la vida de esas dos personas, ¿qué crees que podemos hacer?

—Vuelve.

Aquella palabra me produjo un terrible choque.

Como un puñetazo en pleno rostro.

Musité:

—¿Volver? ¿Estás loco?

—Ellos no saben que yo te he ayudado —musitó Serge—. No saben que yo iré detrás tuyo. No saben que intentaremos sacar vivos de allí a Lucille y a Robert y llevarlos ante la policía. O al menos situarlos en un sitio donde no puedan sufrir daño hasta que la policía llegue. Entonces sí que esos buitres habrán caído de verdad.

Si aquello me lo hubiese dicho un desconocido, yo habría pensado que lo que quería era hacerme volver a la trampa. Pero me lo decía Serge, el hombre del que me sentía enamorada y al que yo estaba dispuesta a creer. Cualquiera de sus palabras tenía para mí un valor que no me sentía capaz de desdeñar.

Por otra parte, era razonable lo que me decía. La intervención masiva de la policía podía significar la muerte para dos seres inocentes. Durante unos instantes terribles luché angustiosamente con esa convicción y con mi propio miedo.

Al fin tomé una decisión.

—De acuerdo —dije—. No puedo olvidar al hombre que me ha salvado. No puedo ponerle en peligro con un gesto imprudente. Iré contigo a Ville Lautien si tú me apoyas. Si sé que me ayudarás a sacar a aquellas dos personas de allí.

—Si no estuviera seguro de hacerlo, no te lo propondría.

—Entonces, vamos. Pero ¿debo hacer que me encuentren?

—No. Sólo tienes que tratar de averiguar lo que ha sido de Lucille y de Robert. Tú conoces ya aquello un poco. Luego procuras que salgan al parque con algún pretexto y yo me ocuparé de lo demás. Incluso a Robert puedes decirle que se trata de sacarle de allí. El te entenderá.

—También me entenderá Lucille, a la que han tenido necesidad de torturar para mantenerla callada —dije.

—Mejor así.

El pagó las consumiciones y salimos del bar. Nuestro «Peugeot» seguía estacionado en las sombras, junto al estrecho camino.

—Te dejaré cerca —musitó Serge.

—¿Y no perderás en ningún momento el contacto conmigo? ¿Te mantendrás tú también cerca hasta que todo haya terminado?

—Te lo juro.

Subimos al coche y Serge dio contacto. Puso primera y arrancó. Pero no llegamos a rodar ni un metro.

Las ruedas pasaron por encima de algo.

Y entonces sentí otra vez que mi boca volvía a llenarse con el sabor de la muerte.

CAPÍTULO XIV

Serge también debía sentir algo similar, porque palideció. De pronto me pareció un hombre mucho menos seguro que antes.

El pensamiento tardó en penetrar en su cerebro, quizá porque le pareció absurdo.

—Creo que hemos atropellado a alguien —dijo.

—No puede ser... No, había nadie delante...

—Delante no, pero puede ser un cuerpo tendido entre las ruedas. Son las de atrás las que han pasado por encima suyo, al empezar a rodar el coche. Y no hemos visto nada a causa de la oscuridad.

Apreté desesperadamente los dedos sobre mi garganta.

—Dios mío...

Bajamos cada uno por una puerta y miramos. Lo que vi me llegó a helar la sangre en las venas y me privó de todo movimiento.

Prácticamente habíamos destrozado el cuello de una persona que lo tenía puesto junto a una de las ruedas posteriores.

Esa persona iba completamente vestida, pero estaba sin sentido. Quiero decir que lo había estado hasta el momento de morir. Y me bastó vislumbrar su cara entre las sombras para tener que ahogar un gemido de horror.

Era Lucille.

¡La habían matado de aquella forma miserable!

Pero en realidad... la habíamos matado nosotros.

Serge musitó:

—Seguro que nos han estado siguiendo. Y han colocado el cuerpo entre las ruedas cuando hablábamos en el bar. Han tenido tiempo de sobras.

—Pero...

—Es un plan terriblemente inteligente, muchacha. No sólo han logrado deshacerse de Lucille de un modo que no les compromete.

—Claro. Te compromete a ti...

—Sin duda se descubrirá que Lucille estaba drogada —dijo Serge con voz ronca—, pero eso es accidental. Aunque sólo nos acusen de homicidio involuntario, ello bastará para retenernos durante un par de días, y en ese tiempo pueden hacer desaparecer todo lo que les comprometa. Por eso te digo que es un plan terriblemente inteligente.

Era cierto. Con aquello nos inutilizaban por el momento, además de deshacerse de Lucille. Como elemento comprometedor sólo les quedaba Robert, pero era posible que a aquellas horas se hubieran también deshecho de él.

Apreté los labios desesperadamente.

Me di cuenta de que si quería hacer algo para salvar a aquel hombre, tenía que hacerlo en seguida.

No sé por qué en aquel momento me sentí tan valiente.

Quizá fue la desesperación.

Pero musité:

—El coche es tuyo, ¿verdad, Serge?

—Sí.

—Pues bien: preséntate a la policía y cuenta lo que ha sucedido. Es muy posible que te retengan allí, pero al menos no nos retienen a los dos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te das cuenta? Han querido deshacerse de Lucille y al mismo tiempo comprometernos a ti y a mí para que no podamos intervenir. Caso de poder hacerlo nos hubieran matado, pero no han podido. De momento nos inutilizan. Pues bien, conmigo no lo conseguirán.

—Sigo sin entenderte del todo. ¿O estás queriendo decir que vas a ir sola a aquella casa?

—Sí.

Se estremeció.

—¿Y pretendes que yo, mientras tanto, me las entienda con la policía?

—Exactamente. Así al menos uno de nosotros queda libre para intervenir.

Asintió lentamente con un movimiento de cabeza. Dios sabe cuánto me dolió ver aquel gesto. A pesar de que el plan lo había propuesto yo, tuve la esperanza de que Serge no aceptaría. Porque

era yo la que iba hacia el peligro, mientras que él se limitaría a entenderse con la policía por un delito casual.

Pero volvió a asentir con una lenta cabezada.

—Está bien —dijo—, te deseo suerte. Nos han metido en un buen lío y creo que el mejor sistema para salirnos de él es el que tú has propuesto. Pero ten cuidado. No te arriesgues a la hora de intentar salvar a Robert, y si las cosas se ponen difíciles, piensa sólo en tu propia piel.

Yo también asentí.

—De acuerdo —dijo—. Espero tener suerte.

Y nos separamos los dos con un fuerte apretón de manos. Eso fue todo. Comprendí que él telefonaría a la policía desde el bar mientras yo me perdía en el bosque en dirección a Ville Lautien.

Hundí la cabeza mientras avanzaba, y de pronto el peligro dejó de importarme, porque más me importaba mi propio dolor. Serge no debió aceptar jamás lo que yo le proponía. No era justo dejarme sola ante el peligro mientras él despachaba un mero trámite burocrático, como era explicar la muerte accidental de una muchacha drogada que se había introducido entre las ruedas de su coche. No debió conformarse con que, en el reparto de papeles, el mío fuese el más sangriento, mientras que el suyo era el más sencillo.

¿Pero por qué me sentía desengañada, al fin y al cabo? Serge siempre fue igual. Era un hombre guapo, apuesto, pero enamorado sólo de sí mismo y egoísta hasta el límite. Siempre rechazó lo que fuera un peligro o un sacrificio, excepto los peligros o los sacrificios deportivos, porque éstos halagaban su vanidad.

Con Claude hubiera sido todo muy distinto. Claude no habría tolerado dejarme sola.

De todos modos seguí avanzando a través del bosque.

Ya no sentía apenas miedo. Sólo me dominaba una fría desesperación.

La muerte de Robert, un hombre al que no había visto hasta aquella noche, y cuya existencia ignoraba hasta poco antes, significaría un golpe terrible para mí. Porque no se trataba de su cuerpo, sino de su mente. Porque verle morir significaría ver morir dos veces a mi propio padre.

No sé si me seguía alguien mientras atravesaba el bosque. Era

probable que sí, puesto que debían vigilarnos. Pero sólo cuando vi de nuevo las luces de Ville Lautien me pareció que la pesadilla empezaba otra vez.

El miedo atenazó mis piernas y pareció privarme de mis fuerzas. Pero seguí avanzando.

CAPÍTULO XV

Un mínimo de prudencia me indicó que si avanzaban hacia el hotel en línea más o menos recta podrían verme con facilidad. De modo que decidí dar un rodeo, aun a riesgo de pasar nuevamente por el cementerio normando de Billecourt, aquella reliquia del siglo XI que se conservaba con tan siniestra perfección.

Retrocedí en parte sobre mis pasos y me desvié. Poco después, la luna en el claro del bosque me permitió ver nuevamente las tumbas.

Todo resaltaba con una mágica blancura.

La claridad de la luna resultaba increíble.

Pero ¿era realmente la claridad de la luna?

Me estremecí.

Porque pude ver que no solamente se trataba de eso. Alguien proyectaba además la luz de dos linternas sobre una fosa. Y al acercarme por entre los árboles pude presenciar con detalle aquella irreal escena.

Tres hombres y una mujer estaban allí.

Los reconocí al instante. Se trataba de Pascal, Jacquet y Pierre. La mujer era Lucrecia Lautien.

Lucrecia ya no vestía con tanto «sexy», pero continuaba siendo una mujer seductora. Para estar «muerta», hay que ver la salud que tenía. En cuanto a los otros tres, trabajaban activamente.

Estaban metiendo un cadáver en una de las viejas sepulturas. Me acerqué un poco más.

Todos mis nervios vibraban mientras me atenazaba el miedo.

Estaba segura de que vería el cadáver de Robert, el que me había salvado la vida porque contenía el cerebro de mi padre.

Pero cuando estuve a menor distancia y mis ojos captaron más detalles, me di cuenta de que no era él. Porque el cadáver que estaban sepultando era el del científico Conan.

Es posible que ustedes, si son aficionados a la ciencia, lo hayan

oído nombrar. Creo que yo lo he mencionado ya en esta historia. Conan, propuesto dos veces para el Premio Nobel, se encontraba en el hotel y yo lo había visto llegar cuando me disponía a colarme de rondón en el sótano donde atormentaban a Lucille. Era un hombre ya mayor y que estaba en la última parte de su vida.

Ahora su vida había terminado.

Lo metían en una fosa.

Con los ojos desenchajados, contemplé la rápida y macabra ceremonia. Y me pregunté si no considerarían peligroso encerrar el cadáver allí, tan cerca del hotel: pero en seguida me contesté que los de Ville Lautien debían tener un permiso especial para excavaciones que sólo usaban ellos mismos. Eso significaba que si lacraban una tumba, o colocaban el cuerpo en el doble fondo de una de éstas, nadie la volvería a abrir en muchos años, hasta que ellos estuvieran seguros en otra parte.

Intentando calmar el temblor de mis nervios, fui a alejarme de allí.

Era un buen momento para intentar llegar a Ville Lautien.

Los principales culpables estaban fuera. Yo podría en ese caso ayudar a Robert.

Me moví con precaución, empezando a alejarme.

Y creo que lo hubiese conseguido de no ser por aquella maldita rama.

Cuando ya estaba a cierta distancia de aquellos malditos, tuve la desgracia de pisarla y la rama crujió. En el silencio espectral del bosque, aquello pareció un estampido.

Todos se volvieron a un tiempo.

El primero fue Pascal, el más ágil. Pierre le siguió. Las linternas giraron y tuve también la desgracia de que la de Lucrecia, que tenía un largo alcance, me enfocase de lleno a la cara.

Dio una orden con voz seca.

Los tres hombres corrieron hacia mí. Grité entonces desesperadamente, pero nadie me oyó.

Intenté correr, segura de ser más rápida que ellos, pero el desconocimiento del bosque me jugó otra mala pasada. Me metí en una zona de bruscos altibajos, llena de hoyos y de raíces que sobresalían. Corriendo por allí no lardé ni dos minutos en caer de bruces. Me levanté y seguí corriendo, pero no tardé en volver a

caer. Entonces ya fue inútil.

Estaban encima mío.

Las manos de Pascal cayeron sobre mí. Me dio un golpe en la nuca que me dejó aturdida.

Lucrecia también llegaba.

Me enfocó con la linterna directamente a los ojos, dejándome ciega por unos momentos. Entre eso y el golpe que acababa de recibir me sentí tan indefensa que no pude ni arrastrarme.

Lucrecia barbotó:

—Vamos a llevarla al cementerio. La enterraremos junto a Conan.

—Sería forzar demasiado las cosas —murmuró Pascal—. Quizá convenga llevarla a otro sitio. Hay lugares del bosque en que podremos enterrarla mejor.

Me di cuenta de que estaba perdida, pero ya no intenté Juchar. Cuando una cosa ya no tiene remedio, es mejor resignarse a ella. Luchando hasta el fin, sólo conseguiría aumentar mis sufrimientos.

Pero una idea obsesiva me preocupaba.

—¿Qué habéis hecho con Robert? —barboté—. ¿Qué habéis hecho, malditos?

—De Robert nos ocuparemos más tarde —dijo secamente Lucrecia Lautien—. Cuando hayamos terminado contigo.

—Ya no os soy útil, ¿verdad? —musité—. Mi cerebro ya no podéis situarlo en el cuerpo de Lucille, que iba a «durar» más...

—Tampoco vales tanto —dijo con desdén Lucrecia—. Te invitamos a venir, como a tantos otros que nos interesaban, porque tu cerebro es de primera magnitud en el campo de las matemáticas, y dentro de unos años hubieras podido llegar a magníficos resultados. Pero en el mundo debe haber bastantes docenas de chicas como tú. Tampoco hay que preocuparse tanto. Muerta nos resultarás más útil que viva.

—¿Y Conan? ¿Qué os ha sucedido con Conan? —barboté, intentando desesperadamente ganar tiempo—. El sí que era un cerebro de primera categoría. Había sido propuesto dos veces para el Premio Nobel. ¿Por qué habéis acabado con él?

—Nadie ha acabado con él —dijo Pascal fríamente—. Su cerebro «vive».

Otra vez me estremecí. Bruscamente la siniestra verdad se

mostró ante mis ojos.

El poderoso cerebro de Conan lo habían trasplantado a un cuerpo más joven. ¿Cuál? Eso poco me importaba de momento. Pero Pascal lo había dicho con perfecta claridad: aquel cerebro «vivía». En cambio el cuerpo de Conan, mucho más viejo, no había podido soportar la terrible operación. Y había muerto. Poco antes se estaban deshaciendo de él.

¿Cuántos fracasos así habían tenido? ¿A cuántos seres de primera clase habían matado aquellos asesinos abyectos?

—Vuestro plan consiste en devolver a sus sitios de origen a los sabios convertidos en imbéciles, ¿no? —musité—. Devolverlos con cerebros absolutamente primarios y con los que nunca lograrán nada. Pero eso, ¿no ha llamado la atención antes? ¿Nadie se ha fijado en que, después de los congresos organizados por vosotros algunos sabios vuelven totalmente incapacitados convertidos en seres que no sirven ni para contables de una droguería?

Fue Lucrecia la que me contestó. Sus ojos se clavaron en mí con expresión acerada mientras gruñía:

—Tomamos unas precauciones elementales. Los congresos siempre los hemos hecho organizar por distintas personas de nuestra red y en distintos lugares. Ville Lautien no es nuestro único centro.

—¿Tenéis más?

—Claro que sí. Un hotel como éste en la Selva Negra. Otro en los bosques de Cracovia... —Pero... pero los sabios que vuelven convertidos en pingajos...

—No han sido demasiados hasta ahora. En realidad estamos empezando. A algunos, como a tu padre, los hacemos «morir en accidente», con lo que ya no vuelven a llamar la atención de nadie. Otros vuelven a sus países con un cerebro ajeno, naturalmente, y ya no sirven para nada, pero eso lo atribuye todo el mundo a una cosa muy natural: el desgaste terrible de los cerebros de esos hombres. Se acepta como cosa normal que un porcentaje de sabios debe acabar en los manicomios. Y cuando a alguno de ellos lo devolvemos hecho un guiñapo, sus amigos y familiares dicen: «Tenía que ocurrirle». Y no piensan nada más.

Hundí la cabeza.

Todo aquello me abrumaba.

Pero había un pensamiento que me abrumaba aún más. ¿Qué clase de genio era Blanchard? ¿Cómo había podido conseguir tantas cosas en tan poco tiempo?

—Conan ha llegado esta noche —barbotó—. ¿Cómo Blanchard ha podido ya operarle, sobre todo después de los nervios de lo que ha pasado conmigo?

—Bueno... Cuando a ti te hemos apresado, Blanchard ya había realizado la intervención con Conan y confiaba en que todo marchase bien. Pero si lo que quieres decir es que te asombra que Blanchard trabaje con tan maravillosa rapidez, te contestaré que es cierto. Resulta asombroso para cualquiera. Sin Blanchard no podríamos intentar siquiera nada de lo que conseguimos.

—¿Conseguís para quién? —pregunté con voz ronca—. ¿A quién beneficia todo esto? ¿Para qué esta locura? ¿Qué ventajas tiene?

—Nos beneficia a nosotros —contestó Pascal con la mayor calma—, puesto que cobramos enormes sumas. Unas sumas tan importantes que justifican los sacrificios y los peligros.

Les miré sin comprender.

—¿Sumas? ¿De quién? —musité.

—¿Y a quién no le interesa tener esos cerebros privilegiados? —musitó el mismo Pascal, mirándome también con aquellos ojos acerados que me atravesaba—. ¿A quién no le interesa tener esos cerebros que además vivirán mucho mayor tiempo y serán mucho más aprovechables que si hubieran permanecido en sus cuerpos de origen?

Yo empezaba a comprender aquel «negocio» en toda su plenitud.

Estaba aterrada y maravillada al mismo tiempo.

Fue Pierre quien rompió el silencio ahora para decir:

—Además, en todos los países industrialmente fuertes o militarmente poderosos, la «fuga» de esos cerebros está prohibida. Conocen secretos que podrían perjudicar enormemente a la estructura de esos países. Se ha dado el caso de que si algún sabio de esa clase ha buscado un nuevo país, los de su tierra de origen lo han perseguido implacablemente para rescatarlo o han llegado a darle muerte en el caso de que eso no les fuera posible. El que un hombre como Conan, por ejemplo, atravesara las fronteras de Rusia, China, Alemania occidental o el Japón para quedarse allí, resultaría absolutamente inconcebible. En cambio el cerebro de Conan llegará

a cualquiera de esos países metido en el cuerpo de un muchacho en el que no se fijará nadie. ¿Y puedes imaginar lo que se nos pagará por eso? ¿Puedes llegar a barruntarlo siquiera?

No, no podía barruntarlo.

Pero debía ser lo bastante para justificar el riesgo que estaban corriendo. Para una nación industrialmente poderosa, para un país que quiera llegar al cénit de su poderío militar, el cerebro de un Oppenheimer vale por un millón de soldados. Hasta los egipcios estarían dispuestos a quedarse sin una moneda de oro con tal de conseguir uno de aquellos monstruos fabricados en Ville Lautien. Me encontraba ante unos nuevos Frankenstein, pero con un poderío científico y económico que jamás soñó el primer constructor de monstruos. Y aquí terminaban mis pensamientos.

Porque sabía lo que eso significaba.

Yo había llegado al final de mi vida.

Después de lo que había visto y oído, no me perdonarían.

—Deberíamos liquidarla aquí mismo —dijo Pierre—. Es un sitio tan seguro como cualquier otro.

—¿Y sepultarla dónde?

—En el cementerio normando.

—No podemos forzarlo demasiado —objetó Lucrecia—. Sólo hay una tumba que tenga doble fondo y que ofrezca seguridad. Y la estamos empleando para el cuerpo de Conan.

—Hay otro sistema —dijo Pascal con una risita.

De los cuatro era el que me daba más miedo o más asco. No sé exactamente por qué.

Su mirada burlona y viciosa a un tiempo helaba hasta los huesos.

Lucrecia le miró.

—¿Otro sistema? ¿Cuál?

—Emparedarla en el sótano. Conozco un par de sitios buenos allí, sitios donde nadie la encontrará jamás.

Yo asistí muda y atónita a aquella conversación en la que se estaba decidiendo mi destino.

No podía hacer nada.

Pero aún intenté luchar, aún intenté ganar desesperadamente unos minutos de tiempo para tratar de retrasar lo inevitable.

—Pero tú estás oficialmente muerta, Lucrecia —susurré—.

Desapareciste en accidente. ¿Cómo es posible que?...

—La muerta fue una mujer que se parecía a mí —dijo Lucrecia con voz helada—. Debías haber comprendido eso sin necesidad de que te lo dijese nadie. Una mujer de la que hubieran podido sospechar en cualquier momento, es mejor que esté «muerta».

—Pero ¿y los operados? El corte en el cerebro... ¿no se les nota?

—Ni siquiera hay que raparles la cabeza —dijo Pascal con voz tranquila—. La técnica de Blanchard resulta sencilla y a la vez admirable. Emplea el mismo sistema que los forenses en las autopsias: corte sobre la nuca, plegado de todo el cuero cabelludo hacia adelante, hasta cubrir con él la cara del paciente, y alzamiento de la caja craneana con la misma simplicidad que ya distinguía a los médicos egipcios antes de que Jesucristo naciera. Una vez terminado todo, el mismo pelo del paciente impide que se aprecie apenas nada.

Hice un gesto de asentimiento.

¿Qué podía evitar? ¿Qué barrera quedaba ya en el camino de mi muerte?

Pascal susurró:

—No conviene dejar manchas de sangre.

Me di cuenta, con sólo oír esas palabras, de que iban a estrangularme. Y, en efecto, las manos se dirigieron hacia mí. Cuatro pares de ojos diabólicos se clavaron en mis aterrados ojos.

Mientras Pierre y Jacquet me sujetaban, los dedos de Pascal se hundieron en mi garganta con una presión diabólica.

CAPÍTULO XVI

No sé lo que pensé en aquel momento. Quizá en mi padre, cuyo cerebro aún «vería» mi cadáver. O pensé en Claude, el hombre a quien yo no amaba, pero que por su nobleza de sentimientos habría arriesgado su vida por salvarme. O pensé en Serge, de cuyo cuerpo estaba enamorada, pero cuyo cerebro ruin jamás le impulsaría a hacer el menor sacrificio por nadie. No sé... Todo esto ya no me servía de nada. Pero los pensamientos me rodearon en el momento en que la vida se despedía de mí.

Pascal me apretaba la cabeza contra el suelo para estrangularme mejor.

Los otros me sujetaban con todas sus fuerzas.

Era inútil que yo tratase de huir. Para mantenerme en mi sitio, además, Lucrecia me daba con sus finos zapatos crueles puntapiés en las costillas.

Pero soy joven. Siempre he sido fuerte. Siempre he tenido una envidiable salud, aunque aquellas hienas hubiesen calculado que viviría bastante menos que Lucille.

De modo que luché con mis últimas energías, pero casi sin darme cuenta. Fue el instinto el que actuó por mí. Mis músculos vibraron cuando ya mi cerebro se había resignado a la idea de la muerte.

Pascal estaba a caballo encima mío, manteniendo mi cuerpo quieto por medio de sus dos rodillas. Supongo que aquella postura, al muy cerdo, le resultaba placentera. No se daba prisa en matarme, como si quisiera alargar aquel suplicio que a él le proporcionaba un refinado placer.

Curiosamente fue eso lo que me permitió luchar: el hecho de que Pascal alargara mi muerte porque se divertía con ella.

Tal como estaba, tenía un punto flaco, que era su entrepierna. Si no recuerdo mal, ya le había hecho allí una buena caricia cuando

estábamos en la sala de operaciones. De modo que alcé la rodilla y lo intenté otra vez.

Mi gesto consistió en colocar suavemente mi rodilla entre su entrepierna y empujar hacia arriba. Lo levanté materialmente de encima mío.

Y empujando en un punto tan sensible como ése, hay que suponer la gracia que le hizo a aquel esbirro mí «iniciativa».

De pronto me soltó.

Su rostro se había desencajado.

—¡Maldita! —aulló—. ¡Condenada zorra!...

Yo aproveché el momento para desviar la cabeza, puesto que no podía hacer más. De ese modo evité que volviera a sujetarme por la garganta. Lucrecia, furiosa por la reacción de Pascal, que le pareció digna de un cobarde, barbotó.

—¿Pero es que ni para eso sirves, cerdo?

Y sacó su daga florentina, aquella daga que yo conocía ya muy bien. Mientras me daba un nuevo puntapié gritó:

—¡Aparta! ¡Lo haré yo misma!

Por lo visto ya no le importaba dejar manchas de sangre en el bosque.

Vi la hoja de acero volar hacía mi garganta, pero ahora yo ya había reaccionado. Ahora sentía una rabiosa desesperación que me impulsaba a luchar por mi vida.

Puesto que me seguían sujetando por los brazos, yo estaba materialmente indefensa y no podía esquivar aquella puñalada. Sin embargo, hice algo que me salió bien gracias a la angustiosa fuerza que desarrollé en aquel momento: con la pierna izquierda arrojé a Pascal encima de Lucrecia Lautien, valiéndome de que él gemía de dolor y se encontraba en un difícil equilibrio.

Lucrecia también vaciló.

Mi gesto la había sorprendido, pero yo apenas ganaba nada con eso. No hacía más que retrasar mi muerte. Porque inmediatamente volvió a la carga mientras buscaba mi garganta con la punta de su daga.

Me sentí morir.

Era el fin.

Y entonces oí aquella voz como si llegara de muy lejos. Oí aquella voz tranquila que decía:

—¿No admitís ningún invitado a vuestra fiesta campestre..., amigos?

CAPÍTULO XVII

Lucrecia Lautien se volvió. Vi en su rostro una mueca espantosa mientras de repente hacía girar la daga.

Pero no alcanzó al hombre que acababa de hablar.

Durante unos segundos que me parecieron interminables, pensé que era Robert el que había vuelto para salvarme. Lo cierto era que yo apenas podía ver. Pero de repente lo distinguí por un lado del cuerpo de Lucrecia.

No pude creerlo.

¡Era Serge!

¡Serge había vuelto! ¡Y trataba de salvarme sin ayuda de nadie!...

Comprendí que era una locura, pues tenía que enfrentarse a tres hombres a la vez. Y también a aquella especie de serpiente que era Lucrecia Lautien.

Debió haber llamado a la policía.

Lancé un grito, pero eso no sirvió de nada.

Pascal había sacado una pistola automática, una pequeña «Baretta» del 7'65. La reconocí porque muchas veces había tenido que ver armas a causa de mis reportajes. Con ella apuntó al centro de la cabeza de Serge.

Pero Serge no iba a estarse quieto. Era un luchador nato. Yo le había visto actuar en espectaculares peleas de *catch*, cuando era el ídolo de los *rings* europeos.

Pascal no debió saber lo que le ocurría. De pronto vio, sin embargo, una serie de cosas extrañas.

Su pistola volaba.

Su brazo derecho parecía desprenderse del cuerpo.

Uno de los troncos avanzaba hacia él.

No llegó a darse cuenta de que era él realmente quién avanzaba hacia el tronco. Un momento después su cabeza se había estrellado

contra la recia madera, haciéndole perder el sentido.

Pero quedaban los otros dos. Y Lucrecia.

Ésta lanzó un grito de rabia mientras atacaba de nuevo.

Iba a buscar en línea recta, con su acero, el corazón de Serge.

Pero le vi esquivar fácilmente. Los enemigos que atacaban en línea recta resultaban infantiles para él. Noté confusamente que detenía la mano de Lucrecia y le hacía una llave con los dos brazos.

Oí un siniestro alarido.

Y un espantoso chasquido de huesos.

Tardé en darme cuenta de que el brazo derecho de Lucrecia acababa de ser roto. Pero no roto en un solo punto, sino en varios. Desde la clavícula a la muñeca, aquel brazo quedó convertido en una especie de jeroglífico.

No me extrañó que eso le hiciera perder el sentido. Lucrecia cayó a mi lado como un fardo, mientras su boca se torcía en una mueca patética. Dudo mucho de que alguien se fijara en ese momento en su espectacular exhibición de piernas.

La pelea no había terminado, sin embargo.

Quedaban Jacquet y Pierre.

Y si Jacquet iba desarmado, Pierre llevaba un revólver «Magnum» que sacó con un movimiento centelleante al ver que las cosas se ponían mal. Hasta aquel momento había pensado que no le convenía hacer ruido. Ahora dejó de pensarlo.

Tampoco Serge parecía pensar en demasiadas cosas. Sólo en pelear salvajemente como si se encontrara en el combate más dramático de su vida. Y no le faltaba razón, puesto que allí se jugaba la piel de los dos.

El «Magnum» llegó a disparar.

Pero Serge ya no estaba en el mismo sitio.

La bala arrancó pedazos de corteza del tronco de un árbol y se perdió en las profundidades del bosque. Pascal, que acababa de recobrar el sentido, aulló:

—¡Dispara otra vez!

Pero Serge ya no le dejó tiempo.

Era un luchador de *catch*.

Había ganado fama mundial con eso.

Pero también era un experto en golpes menos nobles y muchos más peligrosos. Era un experto en *kung-fu*. Era un maestro en

karate.

El golpe propinado bajo el pabellón nasal de Pierre lo envió contra un árbol. Por la forma como cayó, por la forma como empezó a arrugarse lenta e inexorablemente, me di cuenta de que ya no se «desarrugaría» más. Sencillamente, a causa del terrible impacto, Pierre acababa de morir.

Jacquet y Pascal, ya más recobrados, atacaron a la vez. Pascal no había tenido tiempo de hacerse de nuevo con la «Baretta», pero mientras avanzaba con la cabeza gacha intentó recoger el «Magnum». Y lo consiguió.

Lancé un gemido.

Pensé que ahora todo estaba perdido para Serge y para mí.

Pero el «Magnum» sirvió de bien poca cosa en las manos de Pascal. Porque el terrible rodillazo que recibió en la cabeza, cuando aún la tenía muy baja, le impidió ponerlo en línea de tiro.

Y le impidió también cualquier cosa más. Lo dejó deshecho. Pascal se tambaleó entre dos árboles como si perdiera el mundo de vista.

Y entonces las dos manos de Serge salieron disparadas de nuevo.

Se cruzaron en la garganta de su enemigo.

Fue un doble impacto atroz, salvaje, un doble impacto que hubiese partido una barra de acero.

Y con mucha más razón partió el cuello de Pascal. Oí un crujido alucinante. De pronto la cabeza de aquel hombre cayó a un lado como si ya no tuviera nada que la sostuviese.

Me di cuenta también de que acababa de morir. Pero no fui yo sola. También Jacquet se dio cuenta del terrible peligro que corría.

Estaba desarmado.

Un solo gesto rápido le hubiera bastado para hacerse con el revólver «Magnum», que estaba casi a sus pies, pero no se atrevió a hacerlo ante los mortíferos puños de Serge. Por el contrario, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, con un gesto de terrible impotencia, mientras susurraba:

—No... no me ataque a mí también. Diré lo que sea. Hablaré...

Serge paseó una mirada en torno suyo.

Vivían Jacquet y Lucrecia Lautien. Sólo con el testimonio de los dos ya tenía bastante para deshacer aquella siniestra maquinación que había costado ya tanta sangre. La confesión de aquellos dos

seres bastaría para que la policía comprendiera algo que de otro modo no hubiese comprendido jamás.

Pero me pareció que no estaba satisfecho.

Al contrario, me pareció viendo sus ojos que se sentía aterrado, como si ahora se diese cuenta de lo que acababa de hacer.

Preguntó con voz opaca:

—¿Le ha sucedido algo a Pierre?

—No..., aún no.

—¿Qué quiere decir «aún no»?

—Está encerrado... en el sótano. Íbamos a acabar con él. Pero nos pareció más urgente lo de... lo de Conan.

Serge me miró fugazmente, porque sin duda no comprendía. Pero yo hice un gesto de asentimiento.

—Conan ha sido una de sus últimas víctimas —dije—. Ya te explicaré. Lo curioso es que Conan, de todos modos, sigue «viviendo». Habrá que saber quién tiene su cerebro.

Serge hizo una mueca mientras sujetaba a Jacquet por la americana para que no se le derrumbase.

—¿Y Blanchard? —masculló—. ¿Dónde está Blanchard?

—El no opondrá resistencia... Es simplemente un cirujano. Lo encontrarán en el sótano de Ville Lautien.

—¿El también hablará?

—Seguro...

—Va a ser algo que el mundo no creará —dijo sordamente Serge—. Que ciertos sabios de fama mundial estén en otros países, con otros cuerpos, otros nombres, otras costumbres, otras mujeres...

—Nos hemos enfrentado a algo que puede cambiar la faz del mundo —dije mientras me ponía en pie, tambaleándome aún—. Lo triste es que hayan sido unos criminales los primeros en poner en práctica la idea.

—También las guerras sirven para poner en práctica muchas ideas —dijo tristemente Serge—, sencillamente porque detrás de las guerras se mueve el dinero. Lo curioso será que, por una vez, esos asesinatos y las confesiones de sus culpables van a servir para algo.

Hizo una seña a Jacquet para que cargara con la inanimada Lucrecia Lautien y la llevase al hotel. Por su parte, recogió las dos armas y las guardó en sus bolsillos.

—Desde allí telefonaremos a la policía —dijo.

Y me ayudó a avanzar. Sentí el contacto de sus manos amigas en la espalda, en la cintura. Incluso después de todo lo que había pasado, noté que me envolvía un suave estremecimiento de placer.

Pero el asombro aún seguía dominándome en muchos aspectos. Tanto, que hube de susurrar:

—Pero has dicho que ibas a entregarte a la policía... ¿Qué has hecho realmente?

—Te he seguido —contestó él con toda naturalidad—. ¿O es que has pensado por un solo momento que iba a dejarte sola?

—Pero...

—Sí, ya sé lo que vas a decir; que he estado a punto de llegar demasiado tarde. Y es verdad. Corrías tanto a través del bosque que por un momento he perdido tu pista.

Cuando la he vuelto a encontrar, ya todo estaba a punto de ser irremediable.

—¿Qué has hecho con el cuerpo de Lucille?

—Como nadie había visto nada, lo he metido en el portaequipajes del coche. La confesión de esos perros servirá para aclarar las cosas.

Me apreté contra él.

Sentía que la esperanza renacía en mí.

Y la ilusión de vivir.

No sé...

Pero en Serge había algo *distinto* que no era sólo su cuerpo. Algo que, aparte de su físico, me fascinaba...

—¿Por qué te has jugado la piel? —musité—. Tú, antes eras incapaz de jugarte la vida por nadie.

—No digas eso —musitó—. Tengo muchos defectos, pero una sola virtud: no puedo ver que la gente reviente a mi lado sin hacer algo por ella. Tantos años estudiando, tantos años pensando en la ciencia y en la moral, ¿no iban a servirme de nada?

Me estremecí.

Me pareció que aquella voz llegaba de muy lejos.

De infinitamente lejos...

—¿Pensando en la ciencia? —musité—. ¿Tú?...

—Pues claro... Y a veces ha sido angustioso, puedo asegurártelo. Falta tiempo para todo, para aprender más y más... Cinco años repasando a Einstein, otros dos a Plank, otro año dedicado al

profesor Palacios, seis meses sumergido en el mundo de ecuaciones de la teoría de los *quantas*...

Me estremecí de nuevo. Y creo que esta vez lo notó, porque me preguntó con voz llena de ternura:

—¿Qué te pasa?

No pude contestar.

Y creo que jamás hubiese podido hacerlo en una situación así.

Porque de pronto lo veía todo con una mágica claridad.

Sabía por qué Serge estaba en Ville Lautien.

Por qué lo mantenían bajo su órbita antes de enviarlo a algún país extranjero. Algún tiempo atrás..., En una fecha que yo no podía determinar ahora... ¡le habían sometido a la misma prueba que a los demás! ¡Le habían trasplantado el cerebro de Claude, el hombre que me amaba ciegamente! *¡Era Claude el que me miraba por sus ojos!*

Por eso los coches ya apenas le gustaban a «Serge».

Por eso conducía mal.

Por eso se había jugado la piel al volver.

Lo único que había sabido hacer como el auténtico Serge era pelear, pero estoy segura de que en otras circunstancias no hubiese sabido. Le debió dominar la desesperación.

Fueron sus músculos los que lo hicieron todo, sin que su cerebro interviniese apenas, excepto en el deseo desesperado de salvarme.

Por lo tanto yo tenía... yo tenía... ¡a los dos hombres más deseables del mundo! ¡El cuerpo de Serge y el cerebro y los sentimientos de Claude!

Era demasiada suerte.

Hasta por un momento pensé que debía guardar gratitud a Blanchard y a Lucrecia Lautien. Que no se les debía condenar con una pena demasiado cruel.

Apoyé la cabeza en uno de sus hombros mientras andábamos y él me seguía sosteniendo.

Supuse que, después de la intervención quirúrgica, no recordaba muchas cosas, y los de Ville Lautien le habían dado cierta libertad para que fuera acostumbrándose de nuevo al mundo circundante. Gracias a esa libertad estaba yo viva.

—Ya estoy cansado de soledad —musitó él—. Creo que podríamos pensar en organizar un poco nuestra vida...

—Sí —dije enigmáticamente—, pero tendrás que pedir permiso a mi padre.

—Pero... ¡si tu padre murió!

Pensé en Robert y dije con la misma voz enigmática, mientras me apretaba mimosamente contra Serge:

—¿Murió?... ¡Que te crees tú eso!...

FIN

NOTA: Éste es el relato tal como me lo entregó miss Norton, hoy día señora de Serge. Me pidió que lo arreglara en algunos puntos, pero creo que no ha sido necesario. Me he limitado a dar forma en algunos pasajes a lo que ella narró.

De todos modos he sentido ciertos escrúpulos al entregarlo al editor. Lo de Serge y Claude no se ventiló en el juicio que condenó a veinte años a todos los implicados en aquel suceso. Si ahora se enteran los de Hacienda de que Serge es Claude y de que Claude también es Serge, ¿le harán pagar un doble impuesto? Son capaces...

Por mi parte, la idea de trasplantar algún que otro cerebro, no me parece tan mal. Tengo dos o tres agentes literarios que no consigo que me paguen. Y el banquero con quien trato no me da un crédito ni a tiros. ¿Y si alguien les trasplantase el cerebro de un hermano de la Caridad? Me forraba...

Pero no creo que tenga tanta suerte.

S. K.

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

